

NOTICIAS DE LIBROS

JOSÉ FERRATER MORA: *Cuestiones disputadas* (Ensayos de Filosofía). «Revista de Occidente». Madrid, 1955.

El autor de estos ensayos es una de las mentalidades más firmes de nuestro tiempo. En plena juventud se ha ganado un justo crédito de pensador seguro y ecuaníme. Ferrater Mora es un hombre de secta intelectual. Ama la verdad más que la bandera. Y así no se siente cohibido de verter criterios de valoración que el sectario, aunque los reconozca en su fuero interno verdaderos, nunca se atreverá a formular. Por ejemplo, Ferrater Mora encuentra en Suárez un antecedente fundamental de la filosofía moderna. «Tanto Suárez como Leibniz nos parecen abandonar su puesto histórico y avanzar derechamente hacia el proscenio de nuestra época», nos dice Ferrater como conclusión de uno de sus ensayos. En el concepto que de la esencia y la existencia tienen ambos filósofos —el español y el germano— ve Ferrater Mora una «comunidad de supuestos últimos». Y obviamente reconoce que la cuestión de la esencia y la existencia no es puramente académica, sino capital en la historia de la filosofía.

Por lo mismo, Ferrater señala agudamente que tanto los reformadores como los contrarreformadores, que en un principio parecían no preocuparse mucho por la filosofía, adoptan —ya en la última década del siglo XVI— una actitud distinta y se ponen a filosofar. El interés por darle al mundo y a la persona humana, en términos racionales, una explicación completa, es común a la filosofía «moderna», lo mismo desde el punto de vista de la

Reforma que desde el punto de vista de la Contrarreforma. Surge entonces la tarea de crear una metafísica autónoma. «La sobresaliente importancia de Suárez se debió —nos dice Ferrater Mora— a que fué el primero en erigir un cuerpo sistemático de metafísica en una época en la cual las gentes parecían necesitar algo más que una serie de comentarios aristotélicos» (pág. 156). De aquí deduce Ferrater una tesis: «los llamados filósofos de la Contrarreforma, y especialmente los que más activamente trabajaron en este campo —los filósofos jesuítas— son, hasta cierto punto, filósofos modernos» (pág. 156). En consecuencia, Ferrater Mora hace notar «la indiscutible influencia ejercida por la escolástica española sobre el pensamiento moderno». Más aún, filósofos y teólogos como Pedro de Fonseca, Francisco de Toledo, Luis de Molina, Benito Pereira, Gregorio de Valencia, Francisco Suárez, Gabriel Vázquez, Rodrigo de Arriaga «sólo pueden ser adecuadamente entendidos cuando los contemplamos a la luz de la época moderna, en vez de empeñarnos en interpretarlos como una inerte reminiscencia del pasado» página 160). Y Ferrater Mora apunta agudamente el «error» de esos filósofos: «haber puesto vino nuevo en odres viejos», cuando en épocas de crisis importa más «para los fines del triunfo histórico ocuparse de los odres y no prestar demasiada atención al vino que se vierte en ellos». La vitalidad, por tanto, de Suárez la juzga evi-

dente Ferrater Mora. Tuvo Suárez la originalidad de buscar una «última ratio» metafísica y no teológica o dogmática para plataforma sobre la cual pudieran coincidir todos los hombres y desde ella ir articulando después la explicación cabal del universo y la relación de éste con Dios. Esa «última ratio» la puso Suárez en el «ser». Como Descartes la puso en el «yo». El arranque de la filosofía moderna es semejante en Suárez y en Descartes, aunque sea distinto el juicio en que uno y otro hacen girar sus respectivos sistemas. Ferrater Mora puntualiza los múltiples hechos que prueban la vigencia de Suárez y sus seguidores en las Universidades de Alemania, Bohemia, Holanda, etc., a lo largo del siglo XVII y aun entrado ya el siglo XVIII. «El carácter dinámico e inclusivo dinámico de la metafísica» suarista y leibniziana lo observa Ferrater Mora en una serie de líneas de tensión, por así decirlo, que despliegan el sistema de ambos filósofos.

Además del ensayo sobre Suárez, incluye Ferrater en esta segunda parte de su libro otros dos trabajos importantes: uno, sobre Bergson, y otro, sobre Wittgenstein. Como filósofo creador, Ferrater Mora se nos muestra en su excelente ensayo sobre la ironía. Es un primor de inteligencia. Como es un primor de estilo —pre-

cisión y gracia— el trabajo inicial que lleva por título «Mea culpa» y nos revela a un escritor de soberana transparencia. Quizá el escritor más cabal que la filosofía tiene hoy en castellano. Ferrater Mora, al escribir de filosofía, practica de modo ejemplar la que Ortega llamó «cortesía del filósofo», la claridad. Pero, además, su prosa está veteada de indulgencia y de ironía, de amistosidad y de humanismo. (Humanismo es para mí comprensión caritativa del prójimo). Ferrater —como Leibniz y no Kant— es un filósofo del que uno humanamente puede encariñarse, no tanto por lo que dice sino por como nos lo dice. El amigo mental —o, para adjetivar con más exactitud, *espiritual*— constituye su fachada de hombre. Su fondo es el gran escritor; su trasfondo, el filósofo. Una como timidez elegante y distinguida relega en él al filósofo detrás del hombre. Pero una vez que nos acostumbramos a la lectura de lo que Ferrater escribe, el hombre deja paso al filósofo y entonces surge éste en todo su volumen preciso y vertical. Filosofía la suya de sutil penetración, filosofía de paso lento, muy meditada, nada simplista, sin fanatismos de escuela, con ancha perspectiva y... con la generosidad por impulso. BARTOLOMÉ MOSTAZA.

ORESTES FERRARA: *El Cardenal Contarini. Un gran embajador veneciano*. La Nave. Madrid, 1956.

No es infrecuente entre los diplomáticos y políticos el empleo de sus ocios en la investigación histórica. Un cierto diletantismo matiza estos productos, aun en el caso de un Cánovas, valga por ejemplo egregio, pero al par diplomáticos y políticos aportan —lo que no es siempre dado al historiador profesional— un acervo de propia experiencia que les permite comprender mejor el acontecer histórico. Este es el caso del embajador Ferrara, quien además sabe exponer el fruto de sus estudios

en forma amable. Sus libros sobre el Papa Borgia, sobre la sucesión de Enrique IV, el pleito de la Beltraneja y sobre Maquiavelo, están en las manos de todos los buenos aficionados a la historia.

Ahora nos llega, en pulcra edición, una vida del embajador veneciano Gasparo Contarini —1483, 1542— sacada paso a paso por Ferrara de los Despachos, Cartas y Relaciones del propio Contarini. Sabido es la importancia de Gasparo Contarini cuando, como lega-

do del Papa Paulo III en la Dieta de Regensburg a principios de 1541 quiso cohonestar las opiniones de los protestantes con las de la Iglesia Católica. Representaba Contarini el partido opuesto a la rigidez dominicana, y por un momento se creyó en un posible acuerdo entre católicos y protestantes. El personaje tuvo su momento bien subrayado por Ranke y ahora por Ferrara. Pero lo que más nos interesa desde nuestro rincón carpetovetónico del momento, son los contactos de Contarini con la vida española. En efecto, su primer gran empleo fué el de embajador junto a Carlos I desde 1520, ya en la Dieta de Worms. Son curiosas e instructivas las observaciones del embajador veneciano. Se da perfectamente cuenta del poder de una Alemania unida y de la debilidad de la desunida Alemania Imperial. «Las fuerzas de Alemania si estuvieran reunidas serían poderosísimas; pero debido a sus divisiones internas son poca cosa», dice.

Su opinión sobre Lutero a quien no quiere tratar por cautela diplomática es notable: «Si este hombre hubiera sido prudente en un principio y no hubiera caído en errores manifiestos sobre la fe, sería no sólo apreciado en toda Alemania, sino adorado.»

Siguiendo al Emperador vino Contarini a España en 1522. Contarini se

interesó por la organización del país, por su población, sus riquezas, por la política española, sobre todo por la persona del Emperador. Notó el desafecto con que fué recibido Carlos en España —aún caliente la guerra de los comuneros, que dicho sea entre paréntesis es juzgada positivamente por Ferrara que ve en ella, como los liberales del siglo XIX un antecedente de la revolución liberal. «Estas poblaciones no tienen afecto al César y son plenamente correspondidas por su Majestad.» Su examen de las instituciones aragonesas es agudo. Le llama la atención y le complace la gran institución del «Justicia de Aragón y el Derecho de Manifestación»: «cosa exclusiva de Aragón». También admira esta institución a Ferrara y ve en ella un gran antecedente de las libertades modernas. Contarini tuvo un pleito con la Inquisición: «Esta Inquisición, en estos reinos, es cosa terribleísima, ni el Rey mismo tiene poder sobre ella», dice. Hace constar, no obstante, que el sentido de la justicia es en España cosa viva. «En España se hace gran justicia», apunta.

Basten estas muestras del libro de Orestes Ferrara para hacer ver el interés que posee, interés que nace del personaje biografiado y de la excelente y culta pluma del biografiador. M. CARDENAL IRACHETA.

CARMEN LLORCA: *Isabel II y su tiempo*. Edit. Marfil. Alcoy (s. a.); 285 páginas + 1 hoja, 8.º mlla.

Para todo aquel que le interesen los problemas de Estado, quiero decir, el estudio de los fenómenos políticos y sociales que la lucha alrededor del poder trae consigo, pocas épocas como la de Isabel II le proporcionarán tanta materia. Lo cual no podía ser de otro modo, ya que su mismo entronizamiento sólo pudo lograrse a través de un dura guerra civil, en la que los principios puestos en juego siguen moviendo todavía a los españoles de nuestros tiempos.

Fué en su reinado cuando se produjo el fenómeno de los pronunciamientos, una de las singularidades del siglo XIX. Por primera vez en la historia de la España Moderna, una revolución triunfante hizo saltar el trono. El país se convirtió en una especie de matraz, donde se llevaron a cabo los más diversos experimentos políticos. Una minoría dueña del poder ensayó primero una dinastía extranjera y después una república, que fué también la primera en nuestra historia. Mien-

tras tanto, se incubaban las fuerzas de signo contrario, que pronto dieron su réplica con el triunfo de la Restauración. Durante este último periodo Isabel II es una exilada que vive en París, en lo que apunta otra de las particularidades más acusadas del siglo XIX: el ir y venir de los exilados. La vida de Isabel II se prolonga hasta 1904, por lo tanto, testigo del desastre del setenta en Francia y del noventa y ocho en España, ve morir a su hijo Alfonso XII, conoce la regencia de María Cristina y los primeros años del reinado de Alfonso XIII. En el exilio tiene ocasión de conocer a su camarada, como ex-rey de España, el duque de Aosta; allí la conoce nuestra gran figura literaria del siglo XIX, Pérez Galdós; y es digno de apuntar, como lo hace Carmen Llorca, la impresión que produjo la Reina en el escritor.

Estamos, pues, ante una vida rica en acontecimientos, cuyos claroscuros quizás nadie como una mujer podía matizar. El destino de la Reina fué el de haber sido la víctima en muchas ocasiones de intrigas políticas, en algunos casos tan nefastas como la que produjo su matrimonio con Francisco de Asís. En una biografía de Isabel II no podía silenciarse el callejón sin salida en que se vió metida la Reina, así como las complicaciones sentimentales que aquel fracaso matrimonial trajo consigo; Carmen Llorca trata estos aspectos con tino y prudencia, sin por ello soslayarlos. No era posible silenciar, por ejemplo, la influencia del General Serrano en el ánimo de la Reina; y el lector tiene ocasión de meditar cuánto facilitó el General con aquellas relaciones, la posterior caída de Isabel II, por él mismo fraguada, caso único en nuestra historia.

Sin duda Isabel II tenía cualidades notables como mujer, pero muy pocas como Reina. No sabía realmente qué hacer con el poder, si es que alguna vez lo tuvo verdaderamente en sus manos. Popular y querida por gran

parte de su pueblo, perdió el trono, sin embargo, porque el control del poder se basa en otras cualidades, de las que carecía o tenía en muy escasa medida la Reina. En el destierro, su figura adquiere otros rasgos. Vive el drama del expatriado. Su único pensamiento es volver. Cuando su hijo es coronado Rey cree que ha llegado el momento del regreso, y su desengaño es mayor cuando comprueba la oposición del todopoderoso Cánovas del Castillo, ante quien se somete su propio hijo. Le recuerda al Ministro que gracias a ella ha conquistado el poder. Y así le dice: «...obra mía fué la elección de tu persona para la dirección del partido alfonsino; obra mía el sostenerte contra asperezas y rivalidades que, dentro de él, se suscitaron; obra mía el papel que con mi firma al lado de la de mi hijo no tuviste más que presentar a los Generales de Sagunto, en las mismas horas del triunfo, para que, por primera vez, se verificase en España el fenómeno feliz de que el elemento militar, en el acto de un alzamiento victorioso, entregase su poder al elemento meramente civil; obra mía fué, por tanto, juntamente con mi hijo querido, tu ya glorioso Ministerio-Regencia» (pág. 217).

Pese a tantas dificultades, opuestas por los que detentaban el poder, temerosos de su menoscabo, Isabel II al fin consigue su propósito y vuelve. Así se cumple el proceso completo del expatriado, porque es en este regreso cuando observa, desilusionada, qué poco tiene ya que ver con la España de la Restauración; la España suya, la de antes del sesenta y ocho, se había transformado o perdido. He ahí la razón del destierro voluntario de tantos exilados, que fué también el último acto de la vida de Isabel II.

En suma, he aquí un libro escrito con pluma suelta y brillante, basado en documentación inédita, procedente del Archivo Histórico Nacional, de la Real Academia de la Historia, de

Asuntos Exteriores, e incluso de Roma y Nápoles, junto con otra documentación de particulares. Un libro

lleno de interés, en el que una mujer trata de comprender a una Reina.--
MANUEL FERNÁNDEZ ALVAREZ.

ISIDORO DE VILLAPADIERNA: *El Episcopado español y las Cortes de Cádiz*. Extracto de «Hispania sacra», vol. VIII, 1955.

El fin de este documentado trabajo consiste en reivindicar la memoria del Episcopado español durante la época de las Cortes de Cádiz. El punto de arranque se halla en la coincidencia del testimonio de dos políticos contemporáneos (Argüelles y Toreno) y de un historiador (R. Altamira), que afirman que casi todo el alto Clero se pronunció contra el movimiento de la Independencia.

La validez de esa afirmación depende del punto de vista que se adopte. Si por movimiento de la Independencia se entiende el despliegue de una nación en pie de guerra para repeler la invasión del enemigo francés, no cabe duda que la casi totalidad del alto Clero se pronunció en favor y reveló un espíritu patriótico singular. Si por movimiento de la Independencia se comprende el cúmulo de ideología volterriana y rousseauniana que predominó en el escenario de las Cortes gaditanas, tampoco cabe la menor duda de que el alto Clero se pronunció en contra, y no podía ser de otra manera. Es decir, está fuera de toda duda el patriotismo del Episcopado español durante la guerra de Independencia, de la misma manera que puede darse por bien seguro que la jerarquía eclesiástica nacional no podía por menos de reaccionar contra los ataques descarados de que fué objeto la Religión católica, que, por lo demás, había sido declarada «perpetuamente» como la única de la nación por la Constitución (art. 12). Pero es que, por lo demás, existió una repulsa muy humana, por cuanto la nueva ideología, en aras del dogma de la «igualdad», promovió la publicación de varias disposiciones contrarias

a los tradicionales privilegios estamentales del alto Clero.

Por esta razón se convocaron las Cortes en brazo único, lo que dió por resultado la concurrencia a las mismas de una décima parte escasa de los obispos, que en circunstancias tradicionales hubieran asistido por derecho propio. Sin embargo, debe afirmarse que el partido denominado «servil» fué mayoritario en Cádiz, pero tuvo la desgracia de no poseer en sus filas hombres del empuje de Argüelles, Muñoz Torrero, Calatrava, Nicasio Gallego, Caneja, Toreno, Quintana, etc., que pudieran equilibrar e incluso vencer la arrolladora dialéctica de la minoría liberal.

Esta es la exacta posición del Episcopado español en aquella época gaditana. El autor llega a estas mismas conclusiones, aunque por un distinto orden de ideas.

Las primeras páginas son de afirmación patriótica del Episcopado, con alusiones concretas a la conducta meritoria de muchos obispos, basadas en abundantes pastorales y cartas. Las cincuenta y nueve Diócesis de la España de 1808 se hallaban provistas, y, sin embargo, «el único prelado incriminado concordemente de afrancesamiento por todos los historiadores» fué el arzobispo de Zaragoza don Ramón José de Arce (pág. 10). El Decreto de 12 de abril de 1808, en el que la Junta Central delataba la osadía y depravación de «algunos pocos obispos», no deja de ser un dato anecdótico de aquella nación confundida por los momentos difíciles que vivía. Además, en el peor de los casos, el «algunos pocos» del Decreto difiere mucho del

«casi todos» de la falsa afirmación de Argüelles y Torreno.

Pasa a estudiar después el autor la actitud de los obispos frente a la legislación de las Cortes. Recoge la famosa actitud del obispo de Orense al resistirse a jurar los principios democráticos que Muñoz Torrero había hecho aprobar en el primer día de sesión de las Cortes en la Isla de León. Estudia los ataques dirigidos a las rentas eclesiásticas, a la abolición de jurisdicciones, y pasa revista al articulado de la Constitución en cuanto hace referencia a la Religión (arts. 12, 35, 171, 232, 237, 249, 261 y 266).

El capítulo III es dedicado a la «defensa de la Religión». Expone el ataque abierto a que fué sometida la

Religión por los liberales con abuso de la libertad de imprenta, que «sólo sirvió en España para escribir contra la Religión» (pág. 34). El suceso de la época que más revuelo produjo fué la publicación por el bibliotecario de las Cortes, Manuel Gallardo, del *Diccionario crítico-burlesco*.

Por último, se trata en el capítulo IV de la polémica surgida con ocasión de la abolición de la Inquisición, y, sobre todo, de la resistencia surgida a la lectura del manifiesto y decreto de abolición en las Iglesias.

El trabajo tiene el mérito de haber sido elaborado sobre fuentes de primera mano. — ANTONIO CARRO MARTÍNEZ.

MÁXIMO ETCHECOPAR: *Esquema de la Argentina*, Ene Ed. Buenos Aires, 1956: 240 págs.

Máximo Etchecopar es uno de los nacionalistas más destacados de la Argentina. Es un hombre inmensamente preocupado por los problemas sociales y políticos de su país, y todo el libro es la confesión de la inautenticidad de un régimen que cree carece de adecuado planteamiento político e institucional. En este sentido la obra es una continuación de las reflexiones que ya en 1946 y 1947 hizo en sus libros *Con mi generación* y *Una revolución en frío*.

El autor pertenece al grupo de excelentes amigos de España que, integrado por Mario Amadeo, Goyeneche, Tecín y Sánchez Sorondo, publicó a finales de 1953 el periódico de corta tirada *Quincena*. En aquella época y periódico, Etchecopar publicó varios artículos, tan amargos como sinceros, que constituyen esencialmente la medula del libro cuya noticia nos ocupa. Es, pues, preciso partir de la base que el contenido del libro se escribió en las postrimerías del régimen peronista, y desde un ángulo fundamentalmente crítico.

Cree que el peronismo fué en 1943 una esperanza nacional, pero que en su ulterior actuación malogró la necesidad de renovación que el país tenía para «crecer en su auténtica original personalidad de nación» (pág. 100). Desgraciadamente, el peronismo se consolidó como «una forma *sui generis* de resentimiento que corresponde con preciso ajuste a la modalidad criolla, americana, pampeana, de ver y sentir la democracia: un modo nihilista, negativo, disolvente, que por dosis iguales aloja en el estanciero rico y en el peón del campo, en el gran industrial y en el obrero. El peronismo carece de contenido político (de ahí su aspecto membranoso, invertebrado de todo ese movimiento). Por ello, y si se ha seguido con alguna atención el desarrollo de este trabajo, puede anticiparse que el peronismo no va a durar mucho tiempo y menos aún perdurar. Su órbita es lo social, allí ha nacido y allí concluye» (págs. 46-47).

Además de esta crítica al régimen peronista, contiene el libro innumera-

bles pensamientos aislados y reflexiones íntimas de un hombre que tiene el alma lacerada por el sentimiento de su patria. Este espíritu se manifiesta igualmente en la segunda parte de la obra, integrada fundamentalmente por cinco ensayos, de los que los tres pri-

meros son típicamente argentinos (cosmopolitismo y nacionalismo, provincianos y porteños, militares y civiles), y los dos últimos más universales (Gobierno para todos, y el universitario, el obrero y el negociante).—ANTONIO CARRO MARTÍNEZ.

JAVIER GONZÁLEZ ECHENIQUE: *Los estudios jurídicos y la abogacía en el reino de Chile*. Imprenta Universitaria. Santiago de Chile, 1954.

Se trata de una tesis para la obtención del grado de Licenciado, en la que deben señalarse dos partes fundamentales: una primera, donde se esboza el origen de la abogacía en España y en América, así como la enseñanza jurídica en España y en el Perú, especialmente la impartida desde la Universidad de San Marcos de Lima. El régimen de cátedras, métodos de enseñanza y planes pedagógicos, son debidamente destacados, así como la práctica forense y el aprendizaje del llamado Derecho real. En la segunda parte se estudia la figura

del abogado ante la sociedad y en el ejercicio de su profesión, preferentemente la actuación histórica de los abogados ante los Tribunales, el contacto con los clientes y las figuras de los abogados como funcionarios públicos. Acaso no hubiese estado de más estudiar la intervención de los abogados en la creación de un ambiente emancipador, que sin duda fué importantísima. Tres utilísimos apéndices se incluyen en la obra, muy bien documentada y montada sobre un esquema claro y perfectamente articulado.—M. H. S-B.

MARIO AMADEO: *Ayer, Hoy y Mañana*, 2.^a ed. Buenos Aires, 8 de mayo de 1956; 218 págs. Ediciones Gure.

Mario Amadeo es el profesor de Derecho internacional que, consecuente con sus enseñanzas teóricas, hizo efectivo el Derecho de asilo otorgado a Perón a raíz de la revolución de septiembre. Amadeo ha estado muy presente en la vida pública argentina durante los últimos tiempos, aunque casi siempre perseguido. Por eso está legitimado como testigo de excepcional autoridad para exponer los hechos de la Argentina más recientes, a la vez que su prestigio intelectual le habilita para emitir el juicio que los mismos merecen.

La obra ha interesado de tal manera a la opinión, que la primera edición de 10.000 ejemplares se agotó como por encanto, y antes de un mes ya

había salido la segunda edición al mercado, con una tirada excepcional de 30.000 ejemplares.

Como el mismo título del libro indica, su contenido consta de tres partes.

El «Ayer» tiene un marcado carácter narrativo. Nos cuenta Amadeo, muy sugestivamente, la experiencia vivida en todos los sucesos que culminaron con la caída del régimen de Perón.

El «Hoy» representa el cuadro actual de la vida política argentina. Examina el peronismo con objetividad, y lo define, al igual que Etchecopar, como una esperanza malograda para la renovación política y social de un país que estaba en plena crisis. Afir-

ma que «la liquidación del peronismo es el problema capital del momento argentino, porque no es un circunstancial problema político, sino que es un grave problema nacional» (pág. 107), pero debe resolverse rápidamente y sin espíritu de revancha. No obstante, observa que el Gobierno actual corre el tremendo peligro de meterse en un callejón sin salida como no obre con mayor diligencia y menor apego al poder.

Por último, el «Mañana» viene a ser un cuadro programático de restauración institucional. Cree que «no había motivos para declarar nula la Constitución de 1949» (pág. 153); es

partidario del presidencialismo, si bien suprimiendo la fórmula de la reelección. Estudia el panorama electoral argentino y la posible estructuración futura de las fuerzas políticas y partidos argentinos; los problemas de la educación y las fuerzas armadas. El último capítulo del libro lo dedica a las posibilidades internacionales del país.

El libro es sumamente interesante, y refleja un optimismo sano y una gran generosidad frente a Perón y los hombres que excluyeron del poder a este gran amigo de España que es Mario Amadeo.—ANTONIO CARRO MARTÍNEZ.

DINO VILLANI: *La pubblicità ed i suoi mezzi*. Milán, Giufre, 1955; 330 págs.

Dino Villani, profesor de la Universidad Comercial Bocconi, da a las prensas, bajo los auspicios del mismo famoso centro de enseñanza, sus lecciones en el Curso de especialización para jefes de empresa. Hay que empezar señalando así para que se adviertan las particularidades de su enfoque y el valor de su sistemática. El Curso ofrece, de este modo, tres claras partes: la Publicidad y la Propaganda, los Medios publicitarios y la Publicidad en la gestión de la empresa. La primera parte del volumen recoge una teoría de la publicidad; la segunda nos ofrece la técnica; la tercera la organización. En su conjunto es algo más que un manual de publicidad al modo sabido entre nosotros; hay una conciencia sociológica bien patente y un doble fondo de cultura y de experimentación.

A los cien años del nacimiento de la publicidad, tal como señalan la fisionomía y los fines de su bien acusado perfil, aquella se ofrece al público, o a una buena parte del público —afirma Villani— como una manifestación un poco ambigua y calificada como contrastante con el carácter informativo que podría tener. Las

formas y los medios de que se sirve la publicidad, que deberían conducir a hacer la llamada más viva y persuasiva, acaban a menudo por dar otra versión. Se muestran, en efecto, tales medios y formas como algo contra lo que debe prevenirse el ciudadano, mirándolo cuidadosamente y aun defendiéndose contra su influjo.

En verdad, la publicidad actúa sobre los individuos, crea convicciones, afirma marcas comerciales e ideas políticas. Para conquistar a las gentes, la publicidad sugiere con sus reclamos y sus exhortaciones; utiliza palabras, colores, imágenes, elementos atractivos y decorativos; moviliza todas las artes figurativas e ilustrativas: llega al límite mismo de lo lícito y de lo honesto... La publicidad debería ser siempre un medio de información, una guía para los consumidores o los interesados... Así fué en su origen. Incluso etimológicamente publicidad y propaganda tienen puras raíces asépticas: publicar es hacer conocer; propagar equivale a extender, a transmitir... El deseo de saber y la utilidad de que los otros sepan lo que cada uno hace movió a los hombres desde los más antiguos tiempos: desde

el jefe de la tribu al gran capitán y al gobernante ilustre, todos advirtieron la ventajosa condición de quienes conseguían exaltar sus éxitos o al menos difundirlos. Columnas, arcos, obeliscos, estatuas e inscripciones son proclamación y transmisión de figuras y de empresas. Las fiestas, las ceremonias ostentosas, los llamados triunfos, fueron manifestaciones de propaganda destinadas a persuadir o a sugerir. Y lo que decimos de la propaganda puede decirse de la publicidad: es también muy antigua. Desde que el hombre empezó a trabajar y a producir se vio impelido a hacer saber a los demás lo que él podía ofrecerles a cambio de lo que ellos proporcionaban. El mercado, la feria, la tienda, eran centros que iban necesitando anuncio —exactamente su pregón si se hacía oralmente o su inscripción, cartel o grito gráfico si se expresaba por escrito, tal como puede verse en Pompeya y en Herculano—.

Quedan aún, de otros momentos históricos, las significativas muestras que campean en determinados establecimientos: la *bota* que anuncia al zapatero, las tijeras que recuerdan la tienda del sastre, la *bacía* del viejo barbero o el vaso con asa que exige el bebedor de cerveza y señala bodegas o restaurantes... Las cosas cambiaron con el resurgimiento de la tipografía moderna, con la prensa diaria, que difundía decenas de millares de ejemplares entre una multitud pendiente de sus informaciones... Con la *litografía* y la *cromolitografía* se adscribió al movimiento publicitario un elenco valioso de artistas. Europa dió así aire a carteles que venían firmados por Chéret o Toulouse Lautrec, mientras América, febrilmente industrializada, ideó organizaciones especializadas entregadas sistemáticamente al lanzamiento de nuevos productos. Del juego de ambas técnicas, y de la experiencia y la acomodación de medio siglo, nace esta publicidad que ya puede ser presentada como

una disciplina compleja y unitaria, instrumento del progreso y exigencia de la civilización.

La publicidad política se enlaza a la propaganda que exalta los acontecimientos y las obras del poder y de los gobernantes; la publicidad social se vincula a las llamadas relaciones públicas... Las secretarías particulares o las oficinas de prensa son auténticos centros de difusión publicitaria. El Estado acude a la publicidad cuando quiere desarrollar campañas para preparar la opinión, cuando trata de impresionar a los medios informativos nacionales o a los extranjeros; artículos de grandes políticos, entrevistas con jefes de gobierno y otros mil elementos entran en los trámites que imaginaron los creadores de la técnica publicitaria. El turismo es todo él publicidad y propaganda... Así puede concebirse el enorme desarrollo de tantas organizaciones publicitarias y aun el establecimiento de Escuelas de publicidad o, al menos, de cátedras en las Universidades.

El autor del libro que comentamos cataloga y estudia los medios de que hay que valerse para llevar a cabo una campaña publicitaria; desde la prensa a los boletines técnicos, desde el cartel a la radio, de los anuncios luminosos a los escaparates, de las ferias a los calendarios y a los concursos... En este amplio capítulo se atienden los aspectos teóricos y sociológicos, pero también hasta los mínimos problemas de carácter material, preparación de estéreos y de clisés en *galvanoplastia*, *lay-out* y *slogan*, con las apuradas cuestiones que exige cada medio, por ejemplo, las normas fonéticas si el *slogan* va a ser radiodifundido, etc. El capítulo que dedica al cartel —o como tan expresivamente se dice en italiano, a *l'affissione*— es uno de los más completos y al mismo tiempo de una construcción sistemática ejemplar.

Atiende, en fin, Villani a la publicidad en la gestión de la empresa. Este es uno de los aspectos sociológi-

camente más interesantes por su transposición al orden político, ya que los servicios de una gran empresa comercial en sus relaciones con su clientela guardan notable paralelo con la ordenación que cualquier centro oficial necesita acoger para su mejor contacto con el público: oficinas de relaciones humanas, de relaciones públicas, de prensa, de estudios y de investigaciones, de estadística, de difusión... Incluso se señala que todas estas oficinas deben depender de la dirección general de la empresa —tal como se advierte en el Estado, donde se evidencia el carácter vertebral de semejantes servicios—. Las acciones que tratan de desarrollarse, los temas que deben obtener publicidad, las noticias o las informaciones que se desea hacer descollar, y aun las iniciativas que importa ofrecer, son todas ellas de inspiración del jefe y se producen en función directa de las exigencias superiores. En las grandes empresas —e igual en esa grandísima empresa que es el Estado moderno— el quehacer propagandístico requiere

discreción, tacto, oportunidad, medida... Si en su despliegue falta la unidad, si la visión del objetivo se oscurece por la dualidad o por la interferencia, la contradicción o el fallo pueden venir y aun vienen casi naturalmente. Incluso los problemas relativos al personal pueden ser objeto de transposición; por la tecnicidad que va implicándose de modo progresivo, por la exigencia de una preparación cada vez más compleja. El estudio de concretas campañas de publicidad tiene análogamente valor genérico: el conocimiento del mercado no sólo es necesario a las empresas mercantiles, sino a las instituciones sociales y políticas. La auscultación, el sondeo y, aun en general, todos los medios atendidos por la sociometría, necesitan ser considerados por el estudioso de la Administración pública. No lo dice así, ni apenas lo sugiere Villani porque está sobreentendido; pero importa subrayarlo aquí, en este lugar y en una coyuntura que puede ser favorable para un adecuado replanteo.—
JUAN BENEYTO.

FERRUCIO PERGOLESI: *Alcuni problemi giuridici concernenti gli accordi economici collettivi*. Estratto dagli «Scritti della Facoltà Giuridica di Bologna in onore di Umberto Borsari». CEDAM-Casa Editrice Dott. Antonio Milani. Padova, 1955.

Al adquirir carta de naturaleza en el campo del Derecho positivo italiano «los acuerdos económicos colectivos», por promulgarse la ley de 20 de marzo de 1930, núm. 206 (art. 12, y sucesivas disposiciones en leyes de 5 de febrero de 1934, núm. 163, y de 18 de abril de 1935, núm. 441) se vino a constituir una nueva fuente normativa, de evidente relieve, de los derechos que tienen un indudable fondo económico como el comercial (en sentido estricto), el industrial, el agrario, etc., a más de trasfundirse

rápida y dentro de las fuentes disciplinarias del Código (disposiciones sobre la ley de carácter general y particular, art. 5.º; Código civil, artículo 2.063; Código marítimo, artículo 1.º). Y en este documentado trabajo el autor nos expone una serie de interesantísimos problemas jurídicos bajo una misma unidad sistemática, que hasta hoy se estudiaban disgregados en cada una de sus instituciones respectivas. Y este primer esfuerzo es sólo suficiente para su justificación.—LUIS MENDIZÁBAL.

UBERTO SCARPELLI: *Il problema della definizione e il concetto di Diritto*. Casa Editrice Nuvoletti. Milán, 1955: 119 págs.

Uberto Scapelli nos ofrece en este libro una nueva reflexión sobre un viejo tema filosófico-jurídico: la definición y el concepto de Derecho.

El ensayo comienza con un profundo análisis del significado, necesidad e importancia del lenguaje, natural corolario de la humana sociabilidad. Sobre esta base construye el autor una sugestiva teoría de la definición.

A la luz de las antedichas precisiones examina y critica Scapelli algunas definiciones del concepto de Derecho: las de Groppali, Vanni, Del Vecchio, Croce, Cesarini-Sforza y Cammarata. Lamentamos la ausencia de nombres no italianos en esta certera revisión crítica de definiciones del concepto de Derecho.

El punto álgido de esta monografía es la exposición de una definición del concepto empírico de Derecho, superadora de las deficiencias de las anteriores. El resultado de la meditación de Scapelli no es nuevo: el

género de la especie «derecho» es el concepto de norma y su nota específica la de coactividad.

En relación con esta última nota, el autor hace una aguda crítica de la teoría de Carnelutti sobre la coactividad. La eficacia del Derecho no está asegurada sólo por la coacción, ni siquiera por la coactividad simple. Hay otros tipos de reacciones sociales, motivos y fines, que garantizan la eficacia jurídica con independencia de la coacción. Un cuidadoso análisis de las relaciones entre Derecho y fuerza sirve al autor para desmontar la teoría de que la esencia del primero radica en la segunda.

El tema clásico de las relaciones entre Derecho y Moral es igualmente tratado con precisión y rigor encomiables. El ensayo concluye con un *ex-cursus* sobre el problema de la existencia del Derecho internacional.—R. G. GALLARZA.

Processo all'articolo 4, editado por Giulio Einaudi, 1956.

El artículo 4.º de la Constitución italiana dispone que «la República reconoce a todos los ciudadanos el derecho al trabajo y promueve las condiciones que hacen efectivo este derecho. Todo ciudadano tiene el deber de desarrollar, según las propias posibilidades y la propia elección, una actividad o una función que concorra al progreso material y espiritual de la sociedad». El precepto es lo suficientemente sugestivo para hacer esperar un comentario interesante a lo largo de las apretadas páginas de este libro. En realidad, la concreción del tema desarrollado resta mucho interés a la obra para nosotros españoles.

El libro es una típica recopilación de documentos judiciales y políticos

con ocasión del denominado proceso de Palermo, que tuvo una difusión muy amplia dentro de la opinión italiana a principios del año 1956, a causa de las personas relevantes que intervinieron en el mismo —Danilo Dolci, Carlo Levi, Elio Vittorini, Lucio Lombardo-Radice, Calamandrei, Bataglia, etc.—, y por la especial naturaleza de los hechos reprimidos —Danilo Dolci, con ánimo especialmente caritativo, ocupó a un grupo de pobres paisanos sicilianos en labrar la Trazzera Vecchia, y fueron acusados de abusiva ocupación de dominio público—. El caso fué aireado abundantemente por la prensa y llegó a plantearse por diputados y senadores en el Parlamento. Pues bien, toda

la literatura procesal, política y periodística que sobre el caso se produjo se ha recogido apresuradamente en este volumen, que aparece sin un mal

índice que ayude a su manejo, pero a tiempo de que la opinión aún no haya olvidado totalmente el «caso Dolci».—ANTONIO CARRO MARTINEZ.

PIETRO ROSSI: *Lo storicismo tedesco contemporaneo*. Giulio Einaudi Editore. Torino, 1956; 549 págs.

La tesis central de este libro de Pietro Rossi, jovencísimo filósofo italiano, es la independencia del historicismo alemán contemporáneo, desde Dilthey a Meinecke, respecto del movimiento histórico romántico. No se trata, en absoluto, de un nuevo capítulo añadido a Hegel, sino de una progresiva liberación de él y de su ambiente. Mientras que el historicismo romántico, coronado por Hegel, es «una tentativa de interpretación de la historia como la realización de un principio absoluto», el de nuestro pasado inmediato aspira más bien a «considerar la historia como producto de la obra finita de los hombres», y la historicidad como el horizonte temporal en cuyos límites los hombres viven y erigen el mundo de sus relaciones recíprocas. De esta posición inicial fluyen, para Rossi, dos vías metodológicas, ambas necesarias y lícitas, pero que no deben superponerse ni mezclarse como hacen, por ejemplo, Lukacs en *Die Zerstörung der Vernunft*. Una se encierra a estudiar el movimiento historicista como episodio de la cultura alemana, y a esclarecer su desarrollo en contrapunto con los cambios políticos, sociales y culturales del país durante la segunda mitad del pasado siglo y primeras décadas del nuestro. La otra aspira a desentrañar la conexión problemática en que el movimiento historicista se inscribe y a dibujar, en consecuencia, sus categorías de comprensión y de trabajo. Rossi opta por la segunda vía, en la que sigue, por lo demás, los pasos de *La Philosophie critique de l'Histoire*, de Raymond Aron (París, 1950). Pero Aron se limita a estudiar las obras de Dil-

they, Rickert, Simmel y Weber, y Rossi añade a estos nombres los de Windelband, Spengler, Troeltsch y Meinecke. Además, Aron se preocupa, ante todo, por perfilar la individualidad de los grandes autores que trata; Rossi, sin descuidar este aspecto en absoluto, tiene especial cuenta de las conexiones y tonalidades comunes. Para él, el historicismo alemán es un capítulo de la historia de la filosofía ya concluso, y, por tanto, se ofrece al historiador como una totalidad.

Como puede verse, el intento es sugestivo, y nuevo también, cuando menos por su propósito ambicioso y general. Cada uno de los autores está tratado en detalle, sin forzar las influencias y semejanzas en beneficio de la unidad del movimiento ideológico estudiado; lo que se transmite de unos a otros autores es más bien una comunidad de problemas que una identidad de soluciones. El elegíaco capítulo que cierra el libro describe la conclusión del movimiento, que Rossi sitúa simbólicamente en 1936. Se echa de menos, acaso, un estudio de las prolongaciones y transformaciones del historicismo en los veinte años últimos. El final resulta un tanto abrupto. La «involución» del historicismo con Meinecke —esto es, su retorno a la herencia romántica, que en los inicios del movimiento había sido, cabalmente, lo que se quería liquidar, tiene dimensiones positivas indudables, aunque no hayan producido todavía en el campo específico de la historia logros tan redondeados como los autores que Rossi examina.—F. C.

JEAN MONDÉTOUR: *Révolution et Monarchie*. París, 1956. En 8.º, 194 págs.

He aquí un libro que nos propone una nueva «revolución francesa»: ¡la revolución monárquica de los republicanos!

En el tópico de la «revolución pendiente», la falta de una revolución parecía causarnos a los españoles inferioridad frente a ingleses, franceses y rusos. Ahora se nos dice que la revolución considerada ejemplar en sus consecuencias, no sólo ha perdido eficacia sino que no la tuvo nunca. Por lo pronto se nos hace leer un texto de Edgar Faure: el gobierno de Francia, en las actuales condiciones, es «científicamente imposible».

¿Es, acaso, que se agotaron las energías? ¿Es que quedaron huecos los supuestos políticos? El autor de este libro considera la tragedia electoral, con la presencia de los comunistas y de los pujalistas, con la enorme desorientación y con un palpable negativismo: las gentes no votan «por» sino «contra». Considera también la tragedia literaria, y tiene que refugiarse para meditar en sus recuerdos de la guerra y de la prisión. Como un pequeño Goethe cuenta con las amigas: una amiga alemana le señala la soledad de la fe protestante, mientras su castillo se encuentra en un «no man's land» entre las tropas de asalto hitleristas y las avanzadas de los aliados occidentales; otra amiga, griega, es más expresiva, y le dice con acento romántico lo que puede ser raíz de todo el libro: Hasta nosotros, herederos de la República de Atenas, nos hemos visto obligados a recurrir a la Monarquía para allanar nuestras parcialidades...

Sobre la puntualización sistemática e instrumental, lo que parece que importa es la meditación. Resulta así preciso comprender la necesidad de una moral pública y apoyarla en un hondo sentimiento. El poder espiritual —viene a decir Mondétour— se

ha evaporado. Las letras nos dan prueba de la crisis. Sobre el nihilismo de tantos escritores, vuelan la mística de Juana de Arco, los *Diálogos de Carmelitas*, de Bernanos, y la *Anunciación de María*, de Claudel... Vincent Auriol exalta la sombra de Enrique IV, mientras cobra vigencia en el relato de Mondétour, aquel contemporáneo Rey belga que paseaba por las calles de los poblados mineros en los días más duros de las algaradas huelguísticas y conseguía —con su sola presencia— la vuelta al trabajo...

Entre el episodio actual y la vieja sombra, anda la nostalgia. No era preciso que Mondétour la señalase: la habíamos visto en la prensa y, sobre todo, en las revistas gráficas del país vecino. Pero se busca algo más que la nostalgia, se busca tornar al mito monárquico, tratando de encontrar en él lo que la Unión Soviética vió en la Santa Rusia. Mondétour escribe: «el mito monárquico nunca dejó de ser, quiérase o no, nuestra iconografía». Claro que no la de las vidrieras, sino la de la historia actuante y vigente. Precisamente por eso una monarquía moderna «libraría al país de esta nostalgia del pasado que se le reprocha».

Y sobre la nostalgia, la teoría. Quizá en la teoría es donde la logomaquia sustituye a la lógica. Una de las más dañosas consecuencias del culto literario, es el abuso que hacemos de los juegos de léxico. Bien está distinguir gobierno y representación, y bien que exijamos para el mejor orden político un árbitro. Ya sabemos que el papel de juez fué históricamente el primero de los papeles regios. Ahora se torna a hablar de monarquía pensando en que el monarca actúe como árbitro; mas ahora no es árbitro de su pueblo, sino de los que tratan de representar al pueblo. Mayor es aún la fuerza del mito mo-

nárquico por su capacidad de síntesis. Tiene —dice Mondétour— la síntesis «en sí» y no necesita preocuparse de concentrar poderes ni de centralizar provincias.

Quedan en fin otros puntos. La tarea de la monarquía será realizar la democracia, enmendar a la república. Tratará de aplicar —en Francia— los principios de 1789, que ha rehuído la República. Así se explica esta monarquía de republicanos, para dar vigencia a los rótulos que la República se limitó a esculpir en los frontispicios de las Casas consistoriales... El Rey será jefe en tanto Rey. En la pugna —dice Mondétour— de los reyes que no son jefes y de los jefes que no son reyes, será jefe «porque Rey». Aquí anda, la entera teoría de la jefatura, e incluso el problema del carácter sagrado del Rey, que reaparece, en la forma de una secularización singularísima: «El carácter sagrado de la monarquía es independiente de la esfera religiosa... no es esencial creer en Dios para admitir que el representante del Estado, la síntesis del país, pueda revestir un sentido sagrado... El ciudadano es un hombre que proyecta su parte de sagrado sobre un hombre-tipo, marcado por el destino, para poder vivir laicamente su existencia humana». ¿Significa que el Rey concentra la religiosidad del pueblo y absuelva a éste de su servicio religioso? ¿O se trata de llegar aún más arriba, al Rey-taumaturgo de la leyenda regia?

De otra parte el libro no parece tomar de sus fuentes demasiado lejos. Surge en la órbita de las publicaciones especializadas «comentadas y definidas por el Jefe de la Casa de Francia». Va a poner a éstas lo que llama el espíritu de la monarquía, el papel del sistema monárquico en la vida

actual. El Conde de París ofrece una definición del principio monárquico «adaptado al siglo de la bomba atómica». Mondétour ve ahora a la Monarquía de mañana heredera del 1789 y de cien años de república, como la revolución y la república heredaran ochocientos años de monarquía. Se busca la monarquía —sin embargo— para que salve a la república... y aun para que inserte en sí lo que significa ese fondo nostálgico que, en lo que ofrece de afectivo, torna a sonar en el volumen que comentamos. El hecho de que el Jefe de la Casa de Francia rompa con los partidos políticos monárquicos deja ver, en efecto, su posición: porque la esencia de la monarquía no reside en la autoridad, sino en la «afectividad»...

Una afectividad —concluiremos— que ha de conducir a reconocer los servicios que puede anunciarnos. La revolución monárquica de Francia se proyecta como revolución europea para superar la revolución rusa y para tornar a los sueños de Postel y de Dubois. Una Francia monárquica puede presidir una nueva Europa. Aquí la experiencia del autor como prisionero de guerra es no menos expresiva que el diálogo con las damas de Alemania y de Grecia. La Monarquía hará posible la federación. Mas aún, la Monarquía permitirá el mantenimiento de la influencia francesa en el mundo africano: Mondétour ve en la ausencia del Rey un grave inconveniente frente a las colonias: «No hay posible entre una república a punto de quebrar y sus Estados sacralizados por su estructura monárquica».

El libro es, así, un testimonio de la crisis del pensamiento francés, un esfuerzo por colocarse entre el nihilismo y la esperanza.—JUAN BENEYTO.

Humanisme et éducation en Orient et en Occident (varios autores): *Organisation des Nations Unies pour l'éducation, la science et la culture*. París, 1953.

En su quinta sesión la Conferencia general de la U. N. E. S. C. O. aprobó una resolución según la cual el Director General estaba autorizado a organizar «un coloquio entre pensadores y filósofos de diferentes países, acerca de las relaciones culturales y filosóficas entre Oriente y Occidente». Para poner en práctica esta resolución se celebró el coloquio del 13 al 20 de diciembre de 1951 en Nueva Delhi (India) sobre el siguiente tema: «El ideal del hombre y la filosofía de la educación en Oriente y en Occidente.» El presente volumen ofrece al público los distintos puntos de vista que se expusieron en esta reunión internacional y las conclusiones y recomendaciones que de ella nacieron.

Intervinieron en esta reunión intelectuales indios, árabes de distintas nacionalidades, ingleses y franceses. Las sesiones se dividieron en dos clases: unas, las primeras, se dedicaron al tema más amplio del ideal del hombre en Oriente y en Occidente; las otras, las últimas, a la educación tanto en una como en otra cultura. Al cabo se adoptaron unas conclusiones generales en las que se afirmaban las relaciones indiscutibles entre la religión y la ética como rasgo característico tanto a Oriente como a Occidente, con particular importancia en el mundo Oriental. No ocurre así con la capacidad del hombre para dominar la naturaleza por la técnica, conclu-

yendo que con referencia a Occidente tiene más aplicación este hecho que con relación a Oriente. Se consideró este tema de modo particular en función de las actividades educadoras. Se concluyó también que tanto para una como para otra cultura, tiene suma importancia el ideal de la igualdad y la participación de todos en la vida de la cultura. Una de las conclusiones más interesantes, quizás porque tiene un carácter problemático y en este sentido sólo a medias es una conclusión, es la preocupación por cuál pueda ser la actividad de las instituciones nacionales e internacionales en la formación de un nuevo humanismo. Se concluyó que Oriente quizás pudiese proporcionar los nuevos clásicos necesarios para este nuevo humanismo. Se aceptó por último el valor del patriotismo, se rechazaron los peligros del nacionalismo, defendióse la tolerancia, se reconoció la importancia de una filosofía del trabajo y se insistió en la necesidad de que la especialización no afectase a la totalidad del ser humano.

Por último, se discutieron las relaciones entre Oriente y Occidente y se llegó a la conclusión de que las diferencias han sido artificialmente exageradas. No es que se nieguen, pero sí es indiscutible que por encima de todas las diferencias se descubre una unidad intelectual y cultural cada día más profunda.—E. T. G.

MIRCEA ELIADE: *Forgerons et alchimistes*. Flammarion. París, 1956.

Algunas actividades humanas han venido acompañadas siempre de un significado mítico y reverencial que ha ido creando en torno a ellas un sentido de extraordinaria importancia para el estudio de las relaciones pú-

blicas y en general de la sociología de las religiones.

Según una creencia primitiva las sustancias minerales participan en la condición sagrada de la madre tierra. Los minerales crecen en el vientre de

la tierra igual que los embriones, dando así a la metalurgia un contenido puramente obstétrico. El minero y el obrero metalúrgico intervienen en el desarrollo de esta embriología subterránea; precipitando el ritmo de crecimiento de los minerales, colaboran en la obra de la naturaleza obligándola a engendrar más rápidamente. En breve, por sus propias técnicas, el hombre va sustituyendo al tiempo, su trabajo reemplaza la obra que debía realizar el paso del tiempo.

Colaborar con la naturaleza, ayudarla a producir en un tiempo cada vez más rápido, cambiar las modalidades de la materia, son por tanto fuentes de ideología alquimista. Tanto como el fundidor y el forjador, el alquimista trabaja sobre una materia a la vez viva y sagrada; sus trabajos persiguen la transformación de la materia, su perfeccionamiento y su transmutación.

Entre estas actividades, los oficios de minero, obrero metalúrgico y herrero, han tenido siempre una profunda repercusión en el desarrollo de las religiones. Actividades que de forma directa e inmediata actuaban sobre la materia transformándola y acomodándola, tenían lógicamente que afectar a las explicaciones cardinales que el hombre trazara en torno a los principios fundamentales de su vida espiritual.

Mircea Eliade, eminente historiador de las religiones, ha escrito un libro extraordinariamente documentado en torno a estas actividades y, lo que es mucho más importante, a la evolución histórica por la que se pasa desde una cierta especialización en el oficio de la forja a una completa dedicación a las prácticas de la alquimia.

Comienza el libro estableciendo la advocación celestial que tiene el hierro en las antiguas civilizaciones, al participar tanto el hierro de origen mineral, de un origen misterioso.

El hierro y, en general todos los metales, presentan en las antiguas civilizaciones dos aspectos fundamen-

tales: de un lado, un especial significado extramundano derivado de la presencia sobre la tierra de fragmentos metálicos que han llegado atravesando los espacios siderales; de otro lado, un sentido de origen vital que presta a los trabajos de la misma la justificación para un complejo ritual de prácticas en las que se confiere un significado ginecológico y obstétrico a las tareas que preceden y acompañan al alumbramiento de los materiales extraídos del fondo de la tierra.

Desde esta concepción de alumbramiento, se pasa a la idea de un mundo totalmente sexualizado en el que tanto las actividades agrícolas como las que tienen por objeto el tratamiento de los minerales, poseen siempre un profundo significado sexual, son revelaciones de un universal «mysterium conjunctionis» del que como última consecuencia se deriva la alquimia.

A continuación traza el autor en párrafos extraordinariamente documentados la diferencia que existe en los antiguos órdenes ideológicos entre los conceptos de tierra madre y piedra generatriz entre los que destacan dos tipos de creencias extraordinariamente interesantes: Las relativas a los mitos de hombres nacidos de las piedras y las creencias sobre la gestación de las piedras y los minerales en las entrañas de la tierra.

Desde estos dos órdenes de creencias se pasa a todo un complicado entramado de ritos y misterios metalúrgicos de los que se deriva una larga serie de prácticas de las que no están alejados los sacrificios humanos llevados a cabo en los hornos como demostración del gran número de poderes suprahumanos que se encuentran presentes en los procesos de fusión de los metales. Todo un vasto mundo de sugerencias religiosas se desarrolla en torno al magisterio del fuego y a la actividad que tiende a transformar la materia mediante la aplicación de una serie de trabajos y procedimientos. De aquí el contenido

religioso y civilizador de las actividades metalúrgicas en los distintos pueblos; patente en las prácticas de alquimia en las que se sueña y persigue una transformación extrema de los elementos minerales.

Seguidamente traza el autor un cuadro detallado de la evolución científica y simbólica de la alquimia recogiendo con particular insistencia datos y conceptos sobre los alquimistas indios y chinos, tanto por ser menos conocidos, como por presentarse bajo una forma más clara en su doble característica a la vez experimental y mística. Pues la alquimia no fué en su principio una ciencia empírica, ni tampoco una química rudimentaria; características éstas que fué adquiriendo después.

La alquimia fué en sus principios una ciencia pura y propiamente religiosa, huella inmediata del hombre sobre la materia y llave con la que podían obtenerse, gracias a la ayuda de Dios, ventajas incalculables.

Sobre este tema evidentemente sugestivo Mircea Eliade, ha escrito unas páginas mantenidas en una constante inquietud sociológica hacia un descubrimiento de los diversos significados que puede tener un sector tan importante como éste, del quehacer humano. El libro se lee con facilidad y está delicadamente presentado y enriquecido con frecuentes reproducciones de antiguas obras europeas sobre Religión y Alquimia.—R. CH.

JOHN BARTIER: *Légistes et gens de finances au XV^e siècle (Les Conseillers des Ducs de Bourgogne Philippe le Bon et Charles le Téméraire)*. Academie Royale de Belgique. Tomo L (Mémoires). Bruxelles, 1955; 451 págs.

El ducado de Borgoña —tronco generador de grandes Estados europeos de la época moderna— no se ha distinguido ciertamente, pese a su indudable importancia en la historia europea de transición, por ser tema predilecto de investigadores en lo que se refiere al personal financiero y legislador al servicio de los duques. La prestancia y el brillo de los grandes personajes atrajo, exclusivamente, la atención de historiadores en una extensa gama que va desde el ya clásico De Barante al moderno Bonenfant. Pero los métodos y concepción histórica se transforma y es, cabalmente, en Francia, donde con más pujanza ocurre esta renovación. No es, pues, excesivamente particular que Bélgica participe también de este movimiento y que sea un estudioso e investigador belga —John Bartier, profesor de la Universidad de Bruselas— quien advierta el vacío, primero, y tras una impecable investigación brinde al público el libro que comentamos, en la vanguardia de las más modernas tendencias históricas.

El tema propuesto en un primer momento resultó, sin embargo, de una amplitud tan abrumadora que el autor se ha visto precisado a reducir su trabajo a un periodo más limitado: los consejeros de los dos últimos duques, Felipe el Bueno y Carlos el Temerario; igualmente reduce el espacio, constriñéndose al ducado de Borgoña en sí.

Recalquemos que se trata de un auténtico trabajo de investigación en cuya solución el autor ha tenido que vencer innumerables dificultades, entre las que no es la menor la extrema dispersión —por los avatares históricos del ducado— de los depósitos documentales, especialmente los que custodian los datos en torno a los consejeros ducales. Superadas todas estas dificultades el profesor Bartier nos brinda un excelente estudio en el que tenemos que destacar dos aspectos claramente delimitados: el que pudiéramos llamar filiación social de los oficiales ducales, a base de estudiar seriamente su reclutamiento

—origen geográfico, origen social y factores psicológicos que influyen en su designación—, sus privilegios económicos como tales oficiales. Tras ello su ascensión social e intercambios de sangre con la nobleza; el empleo de sus fortunas y régimen vital, la conquista de la tierra y de la propiedad y la resistencia surgida de los viejos intereses aristocráticos, para, en un cuadro brillantísimo y lleno de vida, situar a los consejeros ducales en la sociedad de su tiempo. El segundo aspecto, que llamaríamos de pura erudición, es agrupar, alfabéticamente, las noticias biográficas de cada uno de dichos oficiales que le ha sido posible reunir, en una labor que, sin duda, ha sido titánica. Un amplio aparato crítico y documental, avala en su respectiva dimensión el valor

de esta obra que reputamos fundamental.

En un perfecto cuadro social vamos asistiendo —conforme se avanza en la lectura— al encumbramiento de la burguesía en lucha con la vieja aristocracia latifundista, aunque sin conseguir un fruto coherente porque el espíritu de clase no es todavía lo suficientemente fuerte para producir tales resultados, lo que solamente ocurrirá en los siglos XVIII y XIX. Un libro, en suma, perfecto, como investigación de fondo, realizada con arreglo a los más modernos métodos y de resultados sumamente importantes, no sólo por el vacío bibliográfico que llena, sino por la orientación dinámica y social que da a lo que, tratado de otro modo, sería pura momificación, pero en absoluto historia.—MARIO HERNÁNDEZ y S. BARBA.

EMILE DERMENGHEM: *Mahomet et la tradition Islamique*. Colección «Maitres Spirituels». Editions Seuil. París, 1956.

Quizá sea uno de los más interesantes esfuerzos llevados a cabo para difundir los modernos conocimientos en torno a la Historia de las Religiones el que viene llevando a cabo la Editorial Francesa «Editions Du Seuil» en su colección *Maestros Espirituales*.

El primer número de la colección va dedicado a estudiar la figura de Mahoma, partiendo de una descripción del Mundo Árabe en el siglo VI, basada siempre en las fuentes de conocimiento histórico más fidedignas.

Al estudio de lo que representa la renovación del Mundo Árabe llevada a cabo por la Religión Mahometana y la relación existente entre las formulaciones de Mahoma y la tradición del Islam, se nos introduce mediante una exposición progresiva de la juventud del Profeta y de su idea de misión, desplegada siempre desde un esquema histórico en el que se va

reflejando la personalidad de Mahoma.

La afirmación de Mahoma, y la Religión mahometana, como un fundamento de unidad frente a la disolución preexistente y a su vez fuente de nueva variedad espiritual, al ser ser punto de origen de distintas interpretaciones, ritos y sectas, constituye la parte fundamental del libro, que está en su mayor parte dedicado al comentario de los textos mahometanos estableciendo analogías entre el pensamiento del Profeta, sus antecedentes y realizaciones.

Como remate de la obra se recoge una cronología que abarca desde los años del Rey persa, Cosroes, hasta el nacimiento del Pakistán y el Estatuto de Argelia de 1947, fenómenos todos ellos entroncados dentro de una misma dimensión histórica y espiritual de las que fué el coordinador e intérprete, el gran artífice ideológico del Mundo Árabe.—R. CH.

DEVELOPPEMENT D'UNE CLASSE MOYENNE DANS LES PAYS TROPICAUX ET SUB-TROPICAUX. *Development of a middle class in tropical and sub-tropical countries*. Institut International des Civilisations differentes (Incidí). Bruxelles, 1956; 468 págs.

Recientemente se han publicado, en un volumen que incluye a la vez textos en francés, textos en inglés, y otros bilingües, las actas y las ponencias especiales presentadas en la vigésima sesión del *Incidí* de Bruselas, celebrada en Londres y en el último tercio de 1955. En su traza general dicho volumen responde a las cualidades de precisión y minuciosidad que suelen caracterizar los trabajos del referido Instituto Internacional de las civilizaciones diferentes, establecido en Bruselas, y regido actualmente por los estatutos que fueron modificados desde su Asamblea general de La Haya en septiembre de 1953. Y en cuanto al contenido el mayor interés es el de la orientación concreta que se dió a la reunión de Londres, en torno al tema de la formación de clases medias en países de África, Oriente Medio, Asia Oriental y algunos países ribereños del mar Caribe.

En la sesión general que el *Incidí* celebró en Florencia el año 1952 los trabajos y los estudios se habían centrado en torno al tema de la formación o evolución de las clases obreras urbanas en los distintos países tropicales y sub-tropicales que constituyen sus campos de observación e investigación. Posteriormente la sesión general que tuvo lugar en La Haya en 1953 se consagró a temas de la formación y evolución de las clases campesinas. El estudio de las cuestiones análogas en las clases medias, tanto urbanas como rurales, era sí lógico atendiendo al orden de enumeración y a la necesidad de trazar panoramas totales evolutivas de los pueblos que atraviesan o han atravesado por etapas de formas más o menos coloniales, sobre todo en lo económico-social. Pero además las cuestiones de las

clases medias en los referidos países presentan otros aspectos políticos y culturales no menos sugestivos. Por ejemplo el de que las formaciones de las clases medias suelen hacerse allí en el cuadro del grupo étnico más importante de cada población (lo cual es sobre todo muy significativo al tratarse de sitios de mezclas o separaciones raciales variadas, como la India, Malaca, África Oriental Inglesa, o las pequeñas Antillas, Ocurre asimismo que en los países de antecedentes coloniales, de estas clases medias en proceso de formación salen la mayor parte de los dirigentes políticos; sobre todo al aplicarse sistemas parlamentarios democráticos. Y es muy interesante comprobar que los dos grupos de asalariados e independientes son en las clases medias tropicales y sub-tropicales, partes de un solo conjunto fundido.

En cuanto a la enumeración de países y territorios tratados, descuelan entre los africanos los de cultura árabe en África Noroeste, y los de África Negra ecuatorial; en el Próximo Oriente los dos de Israel e Irán; en el Indico los del semicontinente indostano además de Indonesia y Malaca; en América, Méjico, Haití y las diversas Antillas. Sobre algunos de ellos tiene los trabajos publicados, además del interés de sus temas, el valor documental de proceder de eruditos autóctonos; tales como por ejemplo los autores de las monografías sobre Argelia, Madagascar, Pakistán, Indonesia, etc. Y no ha de dejarse de aprovechar al hacer la referencia del citado conjunto de trabajos la ocasión de recordar como él *Incidí* tiene en España una importante delegación que comprende un total de diez destacados miembros.— R. G. B.

JACQUES CHASTENET: *Winston Churchill et l'Angleterre du XXe. siècle*. Librairie Arthème Fayard, 1956; 583 págs.

Se da en Churchill, como en bastantes figuras contemporáneas suyas, la calidad de revestir gran visibilidad su papel de creador de historia. La iniciativa humana frente al encadenamiento de las circunstancias se muestra en estos casos con bastante precisión haciéndonos sentir, acrecentado, el deseo de plantear los dos términos en forma de ecuación, cuya incógnita sería la proporción en que los dos términos se hallan. J. Chastenet, con su habitual pericia en el desarrollo de temas biográficos e históricos, aborda en su libro el examen de los dos factores —personalidad de Churchill y personalidad de la colectividad histórica— por separado.

La personalidad de Sir Winston se caracteriza, según Chastenet, por el instinto combativo y el instinto artístico, más que por el sentido político. Sigue aumentando así el número de los que niegan al famoso ex-Premier cualidades sobresalientes en la conducción del Estado y en la previsión de los escollos reales a sortear. El instinto combativo queda plenamente de manifiesto a lo largo de la obra. Churchill es el niño que nace de improviso en el curso de un baile, el inquieto cadete de Sandhurst que quema los tabiques puestos por la autoridad junto al Empire londinense, el periodista que se evade de una prisión boer. La política es para él otro campo de batalla. Ministro del Interior dirige personalmente, ante el sarcasmo de la prensa conservadora, las operaciones de someter a unos anarquistas. Primer Lord del Almirantazgo durante la primera guerra mundial se desplaza a Anvers para prolongar la resistencia belga por unos días, planea la infortunada batalla de los Dardanelos. Y fundamentalmente es él la encarnación de su país en las terribles peripecias de la segunda guerra mundial, en la que quita siempre que

puede la iniciativa a los estrategas para asumir personalmente la dirección de la guerra. Éxitos y fracasos, aciertos y equivocaciones se mezclan casi por igual en el largo combate que, por vocación, ha sido la vida de este hombre.

Chastenet se esfuerza también por apuntar las manifestaciones del instinto artístico de Churchill. Su manera de gozar la vida, sus frases, sus gestos, su paleta. Arte menor, pero que ha contribuido a destacar una fuerte personalidad.

En cuanto al otro factor de la ecuación histórica, el medio, Chastenet concede largos capítulos a describir la evolución social y política de la Gran Bretaña al compás de la evolución del mundo. Winston Churchill abordó siempre el medio político con un interés e ideal, el del Imperio, habiéndole correspondido asistir a su declive. Ello produjo algunos de los errores y fracasos de Churchill. Son estos capítulos de panorámica general los más difíciles y vulnerables de la obra, porque requieren compendiar un período —más de medio siglo— excepcional en la historia contemporánea. El tópico no se puede evitar siempre, como tampoco el que siendo francés el autor, los acontecimientos y observaciones concernientes a Francia obtengan lugar de preferencia. A España, por el contrario, sólo se alude fugazmente con motivo de la guerra de Cuba —a la que Churchill asistió de observador— y de la guerra civil y Comité de no intervención.

Ni que decir tiene que el éxito es agradable y que la obra se lee con interés, salvo algunos baches de atención en los capítulos dedicados a la situación general.

Once croquis de mapas acompañan al texto, facilitando la localización geográfica de los hechos narrados.—A. S. M.

NORMAN F. WASHBURNE: *Interpreting Social Change in America*. Doubleday & Co., Inc. Nueva York, 1954. XIII + 50 págs.

El capítulo primero de esta monografía introduce a la institución social, con su estructura y su conjunto de funciones, como unidad de estudio del cambio social. Y para el autor el concepto de institución social incluye los seis elementos siguientes: necesidades humanas, problemas básicos de la vida humana, artefactos o medios instrumentales, saberes y técnicas, actitudes y valores y tipos o patrones de organización social.

Las instituciones sociales cambian cuando cambian las necesidades humanas, o cuando no satisfacen las existentes, o cuando nuevas condiciones sugieren medios mejores, o cuando se agotan los medios hasta entonces empleados. Los agentes más importantes del cambio son las invenciones mecánicas, los cambios demográficos, los cambios en los recursos naturales, los fenómenos de la naturaleza, los cambios fisiológicos y los efectos de las sociedades coexistentes. Y los agentes del cambio social normalmente afectan, primero que nada, las partes de la estructura institucional menos sacras y más propicias al cambio.

Siendo los cambios sociales producto de la interacción humana, pueden

ser buscados o no. En este último caso se trata simplemente de una manifestación del llamado *impulso sociocultural*; en el primero tenemos los movimientos sociales que pueden ser o reformadores o revolucionarios. Los tres tipos de cometidos personales más importantes en todo cambio social son el liderazgo, la *intelligentia* y los seguidores.

Washburne, después de estas nociones generales, analiza el efecto de los seis agentes básicos antes apuntados en la América del Norte contemporánea y encuentra las siguientes tendencias básicas en el cambio social estadounidense: la urbanización y la burocratización. Y a renglón seguido pasa a examinar, somerísimamente, los cambios más importantes en las siguientes instituciones básicas: la familia, el Gobierno, el sistema económico, la religión, la ciencia, la educación y los tipos de recreo y diversión.

Una breve bibliografía escogida avala este corto trabajo, que puede ser utilizado con provecho para una lectura previa a un estudio serio en el campo o, al menos, a un curso más avanzado de Sociología.—SALUSTIANO DEL CAMPO.

E. BEAU DE LOMÉNIE: *Chroniques de la Quatrième*. Editions Denoël. París, 1956; 297 págs.

El autor de *Les responsabilités des dynasties bourgeois* ha reunido en este libro una serie de artículos aparecidos en diversas publicaciones que realmente ofrecen una imagen animada e interesante de la IV República francesa.

El propósito del autor consiste en descubrir, mediante el análisis del pasado todavía relativamente reciente, la explicación del mecanismo de la

sociedad francesa actual. En los artículos reproducidos en esta obra existe, según de Loménie, la preocupación de obtener de la crítica perspectivas para el futuro (pág. 11).

El panorama contemplado abarca cuestiones políticas, históricas y de estructura social. Todos los ensayos se caracterizan por la acusada intención crítica. El autor se sirve de ella para desarrollar así, en torno a

cada cuestión, sus propias opiniones resaltando las a su juicio fallas o defectos de los programas, convicciones y actuaciones de las personas examinadas. Este punto de vista le obliga a puntualizar los hechos con rigurosa luminosidad lógica. Indudablemente, la inclinación crítica llega a seducirle y esto mismo le impide convertirse en imparcial censor de los hechos y hombres que considera lo cual es, sin duda, la íntima aspiración del autor.

Hay un aspecto que preocupa a De Loménie de modo particular, es éste el período inmediato a la liberación cuyos graves problemas analiza cuidadosamente en dos interesantes artículos: *Autour du procès Pétain* y *De Gaulle à la chasse au pouvoir*. En tanto que en el primer trabajo se advierte un intento moderado en reivindicar la actuación del mariscal, en el segundo existe una oposición declarada al general cuya actuación, durante la segunda guerra mundial, se critica duramente condenándose también sus repetidos y fallidos intentos de asumir la dirección política del pueblo francés. No carecen de agudeza sus observaciones sobre Sartre, Jean Paulhan y acerca de los métodos de trabajo de los historiadores franceses discípulos de Lucien Febvre, particularmente Braudel, así como en torno a

las conocidas obras de Duverger y Remond, de la Escuela de Ciencias políticas. Ahora bien, parece que la tendencia hipercrítica le lleva deliberadamente a ocultar méritos indudables de estas aportaciones o, por lo menos, le obliga a desvirtuar exageradamente el planteamiento de tales métodos. Es indiscutible, sin embargo, que la crítica de De Leménie se desarrolla agudamente y sirve, por vía de contraste, para penetrar, más vivamente, los aspectos y cuestiones examinadas.

La consideración acerca de la estructura social francesa y sobre la *nouvelle gauche* tienen, en compensación, menos interés, tal vez porque aquí se atenúa la intención crítica diluida en apreciaciones objetivas.

Aunque, como hemos advertido, este libro se compone de artículos publicados en diversas fechas y en lugares distintos, sin embargo, forman, en cierto sentido, una unidad, no sólo por la coincidencia intencional que les da vida, sino también por la sistemática ordenación que ha realizado el autor. Esta obra de E. Beau de Loménie contiene una sugestiva apreciación, desde luego en diversos aspectos discutibles, del clima político y moral de la IV República francesa. PABLO LUCAS VERDU.

EDWARD A. SHILS: *The torment of Secrecy. The Background and consequences of american security policies*. William Heineman Ltd. Melbourne. London. Toronto, 1956.

Es interesante comprobar la función del secreto en el Estado contemporáneo. Indudablemente, el secreto tiene gran importancia en las sociedades primitivas y la tuvo en las formas políticas absolutas, pero es más sugestivo estudiar su acción, como lo hace Edward A. Shils, en el marco de las grandes democracias occidentales.

Según Shils, secreto es la privacidad hecha obligatoria. En efecto,

merced a severas sanciones impuestas a quienes lo descubran o informen sobre él, el secreto es una extensión de la privaticidad, de la privaticidad protegida con barreras infranqueables. Ahora bien, el secreto es enemigo de aquélla porque para defenderlo es menester invadir la primera. Esta grave problemática la considera el autor con datos abundantes, teniendo presente, principalmente, la política de seguridad norteamericana ante la ame-

naza comunista, política desarrollada los últimos diez años. Shils se plantea serias dudas, a lo largo de esta obra, sobre la conveniencia de esa política: no se justifica si se tiene en cuenta la inquietud y degradación que provocó; tampoco parece —según él— que se justificase, suficientemente, la seguridad nacional con los abusos cometidos, ni fueron los secretos celosamente ocultados tan importantes para la vida nacional. Hay, pues, en este libro una crítica del mackartismo y de las actividades investigadoras de la vida privada de los ciudadanos.

El autor desarrolla un análisis afortunado del secreto comparándola con la publicidad y la privacidad en el liberalismo, las democracias modernas y Estado totalitario. Así, la exigencia de la publicidad de la actividad gubernamental se encaminó a proteger y reforzar la privacidad en otras esferas. En gran medida se consiguió dicha publicidad así como el derecho del individuo a la protección de su vida privada, de la vigilancia e intrusiones del poder político. No se consiguieron estas cosas completamente porque las tradiciones aristocrática y oligárquica no habían desaparecido del todo y los gobiernos consideraron oportuno guardar cierta reserva en sus actos. El conocimiento de determinados actos gubernamentales tuvo que limitarse a círculos restringidos para obtener resultados positivos (deliberaciones de los Consejos, tribunales y jurados, decisiones sobre algunas cuestiones financieras).

Shils subraya la obsesión, característica de la sociedad moderna, que el mundo está dominado por círculos ocultos de conspiradores. Esta obsesión se ha entrenado de tal manera que es radical en su recelo de las instituciones y autoridades de la sociedad actual, en su repulsa de la política corriente del Estado y las instituciones respecto a las materias de seguridad, en su negación directa, o indirecta, de los límites reales entre las instituciones y

la división del trabajo que coopera a garantizar su autonomía en su aspecto más positivo. La concepción «conspiratoria» de sociedad suprimiría el pluralismo y la privacidad de las instituciones en favor de una sociedad más homogénea y de una lealtad más unitaria. La combinación del sujeto que protege y de la publicidad que destruye favorece la ambivalencia que, en el fondo, es característica de todas las direcciones extremistas. Si se considera la odiosidad y fascinación de los secretos, la simple idea de que existen personas a quienes se les confían secretos vitales, de los que dependen la vida de la comunidad, les convierte en objeto de un juego apasionante de excitado sentimiento. Así, una enorme aura de fantasía, de destrucción y salvación opera en torno de quienes poseen los secretos. Si el secreto es pernicioso a la sociedad, la mera posesión del secreto provoca la sospecha de deslealtad. Por eso, debe acabarse con su privacidad y se le debe absorber completamente, y sin reservas, en una comunidad ideológicamente indiferenciada.

El autor indica cómo el secreto fascina menos en Inglaterra —sociedad pluralista— porque la privacidad está mejor protegida y la publicidad es menos desenfundada. La autolimitación es propia del pluralismo social. Shils entiende por pluralismo la lealtad firme, simultánea e intermitente a una pluralidad de corporaciones esenciales: familia, asociación profesional, regimiento, iglesia, capilla, club, sociedad deportiva, partido político, amigos y nación. El pluralismo implica el ejercicio, más o menos simultáneo, de fidelidades a estos distintos objetos y el mantenimiento del equilibrio entre ellos de forma que ninguno de ellos predomina continuamente. El liberalismo es un sistema de pluralismo, es un sistema de muchos centros de poderes, muchas áreas de privacidad y fuerte impulso interno hacia la adaptación mutua de las esferas antes que a la dominación

o sumisión de cualquiera de una de ellas a las otras. Cada esfera, en la sociedad liberal, goza de autonomía parcial y al mismo tiempo influye y es influida por las otras. En una sociedad pluralista no será menester una publicidad completa. La mutua confianza de las élites de las diferentes esferas y de las corporaciones, dentro de ellas, hace innecesaria la perpetua apertura de los asuntos privados de los ciudadanos contrarios y de los amigos.

Una sociedad pluralista bien equilibrada no se preocupará de las conspiraciones secretas y no sospechará que cada sector social pretende descubrir los secretos que son necesarios funcionalmente para la seguridad de la sociedad. Así se respetará la privacidad; la publicidad moderada no suscitará temores y la privacidad no propenderá al secreto. Un intenso sentido de afinidad con el resto de la sociedad hará deseable cierto grado de publicidad; por último, el sentimiento de participación en una sociedad más amplia hace posible la información respecto al resto de la sociedad y motiva una curiosidad mo-

derada sobre ella. En relación con estos aspectos el autor examina el significado del *rule of law* haciendo algunas interesantes observaciones.

En esta obra se estudian, además, las raíces del exceso en torno al secreto y la publicidad (hiperpatriotismo, xenofobia, aislacionismo, fundamentalismo, miedo a la revolución, populismo) en conexión con el desarrollo de los acontecimientos, así como la dialéctica entre los políticos y los burócratas, los políticos y los intelectuales. En conjunto se trata de un excelente estudio sobre un tema muy atrayente que el autor ha utilizado para demostrar su tesis de que la política de seguridad del Gobierno americano ha sido más bien perniciosa. Este libro de Shils se ocupa indirectamente, desde el punto de vista del secreto, de otro tema candente que queda latiendo en el fondo, pero que no es menos interesante; se trata del problema lealtad, participación y sumisión en el Estado contemporáneo, cuyo análisis descubriría facetas importantes de la convivencia política occidental.— PABLO LUCAS VERDÚ.

SIR DAVID KELLY: *Beyond The Iron Curtain*. London- Hollis & Carter, 1954; 83 págs., 5s. net.

El autor de este interesante estudio, se cuida de advertir, que cada uno de los capítulos que lo integran han sido antes otros tantos artículos, publicados, doce en el *Sunday Times* y uno en *Listener*, pero que todos ellos forman un conjunto. Aun cuando del título de dicho libro, parece deducirse que el autor va a ofrecernos una versión de lo que acontece detrás del telón de acero, es lo cierto que se abordan problemas planteados también en el seno del mundo occidental.

De los XIII capítulos que componen dicha obra, hay dos, que a nuestro entender, merecen una especial referencia, habida cuenta del interés

que encierran los temas en los mismos abordados; son los concernientes al imperialismo ruso y a la dualidad de política internacional soviética. En el primero de los dos citados capítulos, se aborda el complejo y apasionante problema del colonialismo, que de modo tan perceptible actúa como un obstáculo en las relaciones entre los Estados Unidos y aquellos de sus aliados, titulares de vastos imperios coloniales, como es el caso de Francia e Inglaterra. Como es sabido, Rusia, manipula como uno de los artilugios de su política internacional el anticolonialismo, instrumento de propaganda y subversión, fortalecido por la

versión norteamericana y especialmente por los testimonios de Roosevelt, Cordell Hull y Eisenhower, todos ellos concurrentes en el sentido de oponer como tesis y antítesis, el colonialismo de Inglaterra y al anticolonialismo de Rusia. David Kelly, aborda este problema y dirige sus esfuerzos dialécticos a demostrar cómo Rusia, dentro del área, hasta donde alcanza su soberanía, no practica un sedicente federalismo y mucho menos un sistema confederal, pese a que teóricamente se reconoce a los pueblos de la Unión soviética el derecho de secesión; la verdad es que Rusia ha absorbido esos pueblos, smetiéndolos al sistema drástico de un centralismo hermético. No es arbitrario deducir de la exégesis de David Kelly que Rusia, practica dentro de su área soberana, una especie de colonialismo. Los norteamericanos citados que han proclamado el anticolonialismo de Rusia, podrían rectificar su erróneo juicio, con sólo comparar el sistema federal vigente en Norteamérica, con el practicado por la U. R. S. S.

Encierra interés la versión que David Kelly nos ofrece en lo que atañe a la política dual practicada por Rusia y que el no ser debidamente desentrañada por los observadores occidentales, no tan sólo sume a éstos en una especie de paralizante perplejidad, sino que depara a Rusia coyuntura para explotar adecuadamente ese error de visión padecido por los crí-

ticos europeos. David Kelly hace notar cómo desde el mundo libre, cuando se reúnen los Congresos del Partido comunista (Kelly alude al XIX Congreso) siempre se espera algo sensacional en las decisiones de los reunidos. Frecuentemente —y el caso se ha ofrecido en el XX Congreso, a propósito de la excomunión, *post mortem*, de Stalin— se especula en torno a lo que puedan entrañar estos o los otros acuerdos. Un medio de interpretar, de manera adecuada, lo que significan esos aparentes y a veces espectaculares cambios, consiste en atenerse a esta plural consideración: en Rusia es preciso distinguir lo estratégico de lo táctico; estratégicamente, Rusia persigue como finalidad la comunización del mundo en su integridad; tácticamente, se trata de períodos limitados en el tiempo y que se centran en la idea de defender al Estado soviético. La estrategia rusa, en política internacional, en su sentido finalista, es invariable; la táctica, es maleable, puede diferir según lo requieran las circunstancias.

Dentro de su concisión, el libro que reseñamos, encierra más de un motivo de aleccionamiento y, sobre todo, contribuye a clarificar muchos problemas, aparentemente confusos y que dejan de serlo una vez que nos aproximamos a la experiencia rusa, portadores de adecuados sistemas metódicos.—
EMILIO BARCÍA G. VILAMIL.

CLINTON ROSSITER: *The American Presidency*. Harcourt, Brace and Co., Inc. Nueva York, 1956; 175 págs.

De entre los muchos libros políticos de interés actual que ya han sido publicados en lo que va de año, nueve meses casi, éste destaca con mucho sobre el nivel medio. Y ello porque a pesar de ser un año de elecciones en la política norteamericana, el libro no es partisano; pero no sólo por ello, sino también porque es fácilmente legible, maduro, breve y realista. El su-

plemento liberario del *New York Times* lo ha calificado sin reservas como el mejor libro sobre la Presidencia aparecido en 1956; por su amenidad y por las restantes cualidades que anteriormente he enumerado cuenta en parte el hecho de que es una versión revisada de seis conferencias dadas, entre abril y mayo, por el autor en la Universidad de Chicago. Su impar-

cialidad es muy digna de consideración y estoy por decir que solamente puede apreciarse de lleno en lo que vale cuando se ha tenido la experiencia viva de presenciar las dos convenciones.

En el primer capítulo se enumeran los poderes del Presidente: 1. Jefe del Estado. — 2. Jefe del Ejecutivo, que implica no la simbolización del pueblo, el «reinado» que corresponde a la jefatura del Estado, sino el gobierno efectivo.—3. Líder de la política exterior, en el cual campo participa su autoridad constitucionalmente con el Congreso y para dos propósitos especiales con el Senado, aunque su posición es predominante.—4. Comandante supremo del Ejército y de la Armada de los Estados Unidos y de las milicias de los diversos Estados cuando sean llamadas al servicio de los Estados Unidos, según reza la Constitución.—5. Legislador supremo, poder que el Presidente consigue sobre todo a través del liderazgo externo, requisito para la operación eficaz del Congreso. Estos son los poderes constitucionales estrictos que, como dijo campechanamente Mr. Truman, forman un agregado de poder tal que haría mordirse las uñas de envidia a César, Gengis Kan o Napoleón. Empero, Rossiter piensa que a ellos se han añadido extraconstitucionalmente otros cinco, por lo menos. 1. Jefe del Partido, función que ha sido probada en su valor por todos los presidentes de primer orden del país, desde Jackson a F. D. Roosevelt, pasando por Lincoln, Wilson y Teodoro Roosevelt.—2. Protector de la Paz.—3. Voz del Pueblo, esto es, formulador y expositor de la opinión pública de los Estados Unidos.—4. Administrador de la Prosperidad, practicado principalmente desde los días del *New Deal* y *Fair Deal*, aunque todavía suena como herejía en los oídos de muchos norteamericanos; y 5. Líder de la Coalición de Naciones Libres.

Los límites al poder presidencial vienen expresamente dados por la

Constitución en unos casos y en otros no. Al Congreso corresponden poderes legislativos, de investigación, presupuestarios, de impugnación y de censura. Aparte de ello, no puede realizarse ninguna medida política de envergadura sin contar con el Congreso en cuanto a legislación y dinero, y también no hay medio acorde con la Constitución de forzar al Congreso a legislar o conceder dinero contra su voluntad. En la práctica estas son las limitaciones más reales que el Congreso puede ejercer sobre la Presidencia. Otros poderes restrictivos proceden del Tercer Poder. De otro tipo son los frenos de la Administración Federal, esto es, la prontitud o resistencia pasiva de la burocracia y altos jefes y departamentos y organismos a llevar a cabo las directrices políticas del Presidente. Por último, también son de contar la complejidad misma del sistema federal, las presiones internacionales y la opinión del país.

Desde 1787 la importancia de la Presidencia ha aumentado considerablemente. Las causas de esto son principalmente el surgimiento del «Estado positivo», expresión que para el autor significa el gran gobierno que regula, estimula y opera en toda la economía y sociedad americanas, la política exterior actual y las emergencias, junto a la decadencia del Congreso. Muestra de esto último y deliciosa es la ley Taft-Hartley, vetada por Truman y, sin embargo, usada por él luego en diez distintas ocasiones. Una fuerza imposible de olvidar entre las que han hecho la Presidencia americana lo que es hoy son los hombres. Rossiter da su clasificación propia. Los mejores Presidentes: Washington, Jefferson, Jackson, Lincoln, Theodore Roosevelt, Wilson — el mejor preparado de todos intelectual y moralmente— y Franklin Delano Roosevelt. Los seis siguientes: Polk, Johnson, Hayes, Cleveland, Truman y Eisenhower. Listas diferentes, empero, pueden encontrarse

cada día en la prensa norteamericana; son cuestiones puramente de valoración. No obstante, la propia calidad del libro avala la elección aquí apuntada, si las razones que se dan parecen pocas.

Unas pocas páginas se dedican a la Vicepresidencia. Los poderes del Vicepresidente son dos constitucionales y seis legales. Sin embargo, la realidad prueba que tales poderes son casi nada. John Adams dijo: «Yo estoy investido de dos poderes separados: uno *in esse*, otro *in posse*. Soy Vicepresidente. Como tal no soy nada,

pero puedo serlo todo.» La oportunidad de tal discusión sobre el puesto, siquiera breve, es clarísima a cualquiera medianamente familiar con la escena política de este año. Mr. Nixon es constitucionalmente un problema para el votante yanquí.

El libro concluye con una revisión de la Presidencia, de las convenciones, del sistema electoral, de la carga de deberes y trabajos impuestos al que desempeña el cargo y del liderazgo de los organismos del ejecutivo y del legislativo — SALUSTIANO DEL CAMPO.

The Achievement of Peace: Hope or Illusion? Actas de la XXXI Sesión del Institute of World Affairs, publicadas bajo la supervisión del Committee on University Publications of the University of Southern California. Los Angeles, 1955.

El Instituto de Asuntos Mundiales abre su XXXI sesión correspondiente al año 1954 con la invocación del Ministro metodista de la Iglesia de Gracia, Robert B. Weirbach, impetrando del Todopoderoso la paz mundial. El temario contiene los más importantes problemas de nuestro tiempo, algunos de los cuales están meramente expuestos; en casos más concretos se exponen algunas teorías de lo que puede ser un aumento de la confianza entre las naciones; así lo manifiesta Clyde Eagleton cuando propone que en la revisión de la Carta de las Naciones Unidas se tenga en cuenta en primordial papel del Derecho, en este caso del Derecho internacional, para eliminar la fuerza de las relaciones internacionales, refiriéndose a la posibilidad de revisar los puntos relativos a la determinación por la ONU de cuándo un territorio puede gobernarse por sí mismo y cuándo no, para evitar dilaciones en el establecimiento de la independencia de algunos Estados por parte de quienes egófstamente desean verlos sojuzgados; desarrollo de los derechos humanos, cooperación militar, etc.

Con respecto al establecimiento de la paz, título genérico de todas estas conferencias, opina Alexander Miller que es preciso estimular el realismo cristiano si ha de fundarse alguna esperanza en la paz futura. Ni la contemplación mística que desprecia el mundo material, ni la deificación de la Historia y del materialismo realizar cambios fecundos en la vida histórica. Ha de ser el realismo religioso el que estudiando los fenómenos naturales los encausa al fin último del hombre, integrándolos en el plan divino en calidad de medios; el que actúe sobre las conciencias de los hombres y arraigue en éstos el sentimiento de la paz. Mientras la cristiandad valora todo lo que las técnicas pueden hacer, no corresponde al realismo cristiano negar la posibilidad de los milagros y acaso nuestros días presencien algunos que hagan posible ese mundo en que reina la paz. Para Crane Brinton, la esperanza de la paz es algo que está por encima del estudio empírico de la Historia; es una meta espiritual enraizada en la conciencia humana y, por eterna, se refleja constantemente en el mundo histórico. Se hace paten-

te esta esperanza en la paz con el advenimiento del cristianismo, que supera la visión clásica de la guerra entre vecinos como realidad cotidiana. La guerra, omnipresente en la Historia, no tiene el carácter de exigencia histórica; además, mientras la paz es absoluta, la guerra admite grados. Para Crane Brinton la esperanza de la paz no se basa en la unión forzosa o voluntaria de todo el mundo, sino en la posibilidad de que exista un organismo internacional que imponga el hábito de airar los conflictos entre dos Estados, escuchando el consejo de las demás naciones y localizando los estados bélicos que puedan surgir.

El nacionalismo y el internacionalismo ocupan gran espacio en esta sesión. Kenneth Cole hace la defensa del nacionalismo como menor de dos virtudes; si en el aspecto ético representa más desinterés, es más virtuoso, menos egoísta el internacionalismo, existe el peligro de que llevado al último extremo provoque como reacción un nacionalismo a ultranza. El establecimiento del internacionalismo no puede por menos de pulverizar las relaciones hoy existentes, según Kenneth C. Cole, para quien un orden legal que proteja los derechos individuales de todos los ciudadanos del mundo es funcionalmente la misma cosa que un supergobierno. En la exposición de J. Eugene Harley se señala la correlación existente entre el desarrollo del Derecho internacional y el de los organismos internacionales. El punto de partida, tanto del Derecho internacional como de los organismos, es la seguridad colectiva. La proliferación de los organismos internacionales en nuestros días es ya un amplio exponente del actual desarrollo de la idea de una comunidad universal. Entre las causas que amenazan la paz se señalan en otros trabajos la competencia económica, las tensiones políticas y las luchas ideológicas; una mezcla de estos tres elementos produce la tensión existente en el mundo oriental. La situación del lejano Orien-

te es expuesta por Arthur G. Coons, Stanley H. Chan, Roger Swearingen y Miguel Jorrián. No cabe hablar de soluciones tajantes que eliminen los conflictos orientales de raíz; es preciso, a lo sumo, el empleo de medidas conciliatorias en espera de futuros acontecimientos.

Como no podía menos de suceder en una Asamblea de asuntos mundiales, no faltan las conferencias sobre la Organización de las Naciones Unidas. Raymun G. Mac Kelvey se refiere a los miembros de este Organismo; Dean Rusk expone su teoría sobre el valor de la diplomacia parlamentaria aplicada a los debates y negociaciones de la ONU; el representante de los Estados Unidos en la ECOSOC, Preston Hotchkiss, aborda con optimismo la supervivencia de la Organización Mundial a la era atómica. Clyde Eagleton inserta un trabajo titulado: «¿Qué haremos con las Naciones Unidas?», al que ya nos referimos anteriormente.

Son muy interesantes las conferencias de Jerome Rothenberg, G. Homer Durham y Richard W. Van Alstyne sobre los patrones de la cooperación económica, política y militar. La ayuda económica prestada por los Estados Unidos no se limita al comercio en sí mismo, sino que pretende restablecer el sistema comercial del mundo, cuyos movimientos de precios relativos y absolutos proporcionan los signos cruciales para el uso coordinado y eficiente de los recursos productivos del mundo. La cooperación política, que se limita por el momento a la coexistencia, deberá hacerse más intensa para desvirtuar la atmósfera de recelos mutuos en las relaciones internacionales. Con más amplitud es tratada la cooperación militar llevada a cabo por la NATO, siendo de advertir que en el seno de este organismo todos los miembros no son iguales; hay una superpotencia, dos grandes potencias y once medianas y pequeñas. —M.^a DEL PILAR MACARRÓN.

DONALD J. BOGUE: *Population Growth in Standard Metropolitan Areas, 1900-1950*. Government Printing Office, Wasington, D. C., 1953; X + 76 páginas de gran formato.

Esta monografía es una de las varias que se preocupan de analizar los resultados del Censo de 1950, conforme a las nuevas definiciones y conceptos adoptados por él. En este sentido y dadas las innovaciones cuasi-revolucionarias empleadas por la Oficina del Censo de los Estados Unidos, no sólo en estadísticas demográficas, representa uno de los pilares sobre los que se ha de revisar cuanto de Sociología urbana ha sido hecho hasta la fecha.

En 1950 las áreas metropolitanas standard (S. M. A.) sustituyeron a los antiguos distritos metropolitanos usados desde 1910 para presentar los datos demográficos de las grandes ciudades y sus suburbios. En tanto que los distritos metropolitanos se componían de una o más ciudades centrales y los grupos de población aledaños, SMA constan de ciudades centrales, los condados que comprenden tales ciudades y cualesquiera otros condados con características metropolitanas integrados con la ciudad central. El cambio ha sido realizado con el objeto primordial de conseguir mayor comparabilidad entre las diferentes estadísticas gubernamentales y ajustar los conceptos censales a la cambiante distribución de la población y de las actividades económicas.

En este estudio, las SMA de 1950 se han dividido en seis clases según el Censo en el que habrían alcanzado tal categoría, si se hubieran aplicado en todas las definiciones actuales. A éstas se les añade una séptima clase con todas las demás SMA. En cincuenta años, la población de la nación se ha casi duplicado, en tanto que la población de las SMA ha aumentado tres veces y media. Durante este tiempo han recibido alrededor del 73 por 100 del crecimiento nacional de la población. Una comparación entre las tasas de crecimiento de las

SMA y las de los distritos metropolitanos en la década 1930-1940 prueba que ambos tipos de áreas eran aproximadamente de la misma eficacia en la medición del crecimiento metropolitano: otra cosa sucedió en los diez años siguientes. Las ciudades centrales han crecido menos rápidamente que las SMA consideradas en su totalidad, lo que es continuación de una tendencia comenzada en las áreas mayores entre 1910 y 1920 y presente en la gran mayoría entre 1930 y 1940. Dentro de los límites de las áreas metropolitanas, esto es, las partes exteriores a las ciudades centrales, las zonas rurales han venido creciendo con mayor rapidez que las urbanas en los últimos veinte años. Esto significa que las residencias suburbanas se han emplazado sobre todo en territorios no incorporados. El crecimiento metropolitano, además, fué más rápido en el Oeste y Sur que en el Noroeste y Norte Central durante la década 1940-1950. Empero, existe una tendencia en las SMA a disminuir las tasas de crecimiento una vez que han llegado a tener una población de un millón de habitantes o más. No hay prueba de que la amenaza de una guerra atómica haya afectado de ninguna manera el crecimiento de las áreas metropolitanas en los diez años anteriores a 1950. Un examen de los posibles factores asociados con el crecimiento metropolitano muestra que la fertilidad, el tamaño del área, la edad de la misma, su grado de desarrollo industrial y su tasa de crecimiento industrial no mantienen ningún tipo de relación simple y directa con el crecimiento metropolitano.

Según la nueva clasificación urbana-rural solamente el 13,6 por 100 de la población de las SMA es rural, mientras que según la antigua lo hubiera sido más del 20.

Es demasiado pronto para valorar por entero la utilidad de las SMA y la nueva definición urbana con respecto a la investigación urbana y metropolitana, a la planificación y a la

administración, pero los datos reunidos para este análisis prueban que era necesario un cambio de definiciones para mejorar la calidad de las estadísticas.— SALUSTIANO DEL CAMPO.

Report on the Soviet Union in 1956, ed. por el Institut zur Erforschung der UdSSR; Buchdruckerei Carl Gerber. Munich, 1956.

Se trata de la edición de los informes presentados en la VII Conferencia del Instituto de investigaciones sobre la U. R. S. S. que se celebró en Nueva York durante los días 28 y 29 de abril de 1956. La Sede del Instituto radica en Munich, donde fué fundado en 1930. Se trata esencialmente de una corporación de hombres de letras rusos en el exilio, que se interesan en seguir estudiando su país.

En febrero de 1956 se celebró en Moscú el XX Congreso del Partido comunista de la Unión soviética. Es el primero después del fallecimiento de Stalin y uno de los más importantes de los que hasta la fecha se han celebrado. La conferencia de este grupo de especialistas en Nueva York tenía, pues, un tema de gran interés a debatir.

Las conclusiones a que llegan no son siempre unánimes; en algunos casos son, incluso, opuestas. Sin embargo, puede afirmarse que la impresión general es ligeramente optimista en cuanto algo parece haber cambiado en la U. R. S. S. desde el fallecimiento de Stalin. Todo ello sin haberse quebrado abiertamente la continuidad mantenida desde 1917.

El libro está dividido en las tres partes correspondientes a las tres sesiones celebradas en Nueva York.

La primera comprende el estudio analítico del XX Congreso del Partido comunista, y de los problemas agrícolas y de nacionalidad.

El profesor Laskovsky cree que en el Congreso del Partido del mes de febrero último, es importante analizar dos sucesos importantes: «El primer evento, que tuvo lugar durante el

vigésimo Congreso del Partido y que puede ser incluido en la categoría de «sensacional», está en la declaración de cambios sustanciales en la doctrina comunista de la inevitabilidad de la guerra en la «era de imperialismo», y de las condiciones de advenimiento al poder de la dictadura comunista» (página 13). Ahí están los dos sucesos: negar la doctrina de Lenin de guerra al capitalismo por la nueva postura de convivencia pacífica, y negar también el dogma leninista de la «revolución proletaria» como único medio de llegar al poder los comunistas en los países capitalistas, puesto que la democracia de estos países —se dijo quizá con estupor— permite escalar el poder a los comunistas por medios pacíficos y parlamentarios.

Estas declaraciones no se sabe aún si son meras maniobras tácticas, pero lo que sí es una realidad, es la pulverización de Stalin. «Se rechazó un profeta —afirma Benglar— cuya estatura bordeaba la de la deidad —mientras vivió—, la única deidad» (página 23). Sin embargo, la caída de un profeta no ha traído consigo la de los otros —Marx, Engels, Lenin— que continúan siendo divinizados en Rusia y que han dado nacimiento a un comunismo dogmático cuasi-religioso. Buena señal es, sin embargo, que se haya discutido y rebatido uno de sus dogmas.

La segunda parte del libro —correspondiente a la segunda sesión de la Conferencia— se refiere al estado de la ciencia, arte y literatura soviética. Aquí existe también un cierto optimismo de recuperación de la libertad intelectual. Al menos, los lazos

se han relajado un tanto en relación con la servidumbre de los valores humanos a las abstracciones ideológicas de la falsa utopía soviética.

Al parecer las ciencias aplicadas se han desarrollado con gran intensidad en los últimos tiempos en Rusia. En filosofía y ciencias sociales, el dogmatismo existente impide el avance. Sin embargo, desde que desapareció Stalin se ha producido una cierta «liberalización». En algunos círculos se leen abiertamente libros de filosofía y cultura occidental. Por otra parte, se han rehabilitado antiguos valores nacionales como Dostoevsky.

La economía internacional y la reciente política soviética en el lejano Este, es la materia a que se dedica la tercera parte del libro. También aquí se deja traslucir el nacimiento de una posible era de competición y concurrencia económica y cultural con Occidente.

Dentro del natural pesimismo de expatriados, el libro alienta por primera vez un parco optimismo. En todo caso aportan datos que sugieren una colosal interrogante para el presente momento histórico.—ANTONIO CARRO MARTÍNEZ.

SAUL K. PADOVER (con la colaboración de François Goguel, Louis Rosenstock-Franck y Edic Weil): *French Institutions. Values and Politics*. Stanford University Press. Abril 1954; 102 págs.

Herbert Clark Hoover, trigésimo presidente de los Estados Unidos, cursó sus estudios de ingeniería en la Universidad de Stanford (California). Por ello, existe hoy en aquella Universidad un Instituto que lleva su nombre —el Hoover Institute and Library on War, Revolution and Peace— que está publicando una serie de trabajos cuyo objetivo es, según su propia declaración, describir la revolución mundial de nuestro tiempo y sus consecuencias para la política nacional de los distintos países. A esta serie de publicaciones pertenece esta obra que Saul K. Padover ha realizado con la colaboración de François Goguel, Louis Rosenstock-Franck y Eric Weil. El libro constituye un retrato seguro y sabroso de la Francia actual y abarca todos los aspectos de la vida nacional, país que en todo momento de su historia ha sabido presentarse como elemento clave de la cultura europea. Por ello, el americano siempre ha adoptado una postura de máxima curiosidad hacia este pueblo cuyas noticias le llegaban rodeadas de un cerco de admiración e incluso de fantasía, que en cierto modo le velaban la visión del bosque de la realidad fran-

cesa. Y a este respecto el libro de Padover cumple perfectamente su misión reflejando con fidelidad las instituciones económicas, políticas y sociales que forman el esqueleto, viejo pero dúctil, de la nación francesa. Pero la obra no queda reducida a una «vulgarización científica» y su aportación de datos y conclusiones la hace interesante para llegar a un conocimiento más profundo y terminado del país vecino.

A través de los que en la obra son llamados valores básicos de la civilización francesa se recogen como nota general: primero, el espíritu de independencia, y luego se estudian los rasgos característicos del pueblo francés, tanto analizado en sus individuos —búsqueda de la felicidad, la salvación y la belleza— como considerado en comunidad —ideales de revolución y de tradicionalismo—. El concepto de democracia en Francia es, también, tratado detalladamente. La crisis del mismo, fué motivada por causas de toda índole, como la nueva estructura económica y política del país. Socialmente es interesante el problema demográfico. La disminución de la po-

blación en Francia ha llegado a adquirir magnitudes alarmantes. Las causas no son nuevas ni fácilmente solucionables: la guerra y la urbanización.

Las consecuencias de la guerra mundial no se han reflejado sólo en la anterior cuestión, sino también en la industria y en general en el nivel de precios, efecto inmediato de la enorme devaluación del franco. Esta situación ha dado al francés medio una psicología de derrota y desconfianza hacia el exterior, factor esencial que dificulta todos los movimientos que se organizan, tanto en favor del rearme alemán, como en lo referente a la N. A. T. O. y a la E. D. C. ¿Qué inconvenientes hay para la admisión del tan debatido rearme por parte de los franceses? El fantasma alemán

que ha tomado cuerpo repetidas veces en los últimos años de la historia francesa, es suficientemente peligroso para que el francés no pueda olvidarse de él con facilidad. Por otro lado, el francés sabe ser realista cuando es necesario y a veces lo es extremadamente, lo que provoca incluso un escepticismo que se casa a la perfección con el existencialismo que tan favorable acogida ha encontrado en este país.

Y puede decirse, como conclusión, que este es el principal obstáculo a los movimientos de unión europea que han sido — como se sabe — mal recibidos por algunos sectores de la intelectualidad francesa, e incluso mirados con desdén por la población en su conjunto. — LUIS ENRIQUE DE LA VILLA.

LUDWIG VON MISES: *The anti-capitalistic mentality*. D. Van Nostrand Company, Princeton, N. J., 1956; 114 págs.

Este libro, antes que nada, debe situarse en la escena intelectual de la política americana e, indiscutiblemente, alinearse en el ala más exagerada del conservatismo de Russell Kirk y Friedrich Hayek y frente a la posición encarnada en la «Nueva América» stevensoniana. Que el economista austro-americano esté de tal parte no nos quede coger de sorpresa, no ya por su formación de Viena, sino también por sus anteriores publicaciones en los Estados Unidos. Hasta qué punto es activa y poderosa la fuerza conservadora extrema en la vida americana diaria lo indica el dato de que *United States News and World Report*, un semanario de interés general y gran circulación, consagró veinte de sus páginas a la reproducción de trozos del libro, antes aún de su aparición en las librerías.

La obra es una apología del capitalismo y de la filosofía liberal del *laissez faire*, o mejor, un sañudo ataque a cuantos disienten de ellos, sea en el grado y condiciones que sea.

Lo mejor es dejar hablar al autor por sí mismo, ya que de otra manera el libro es demasiado increíble.

«Una nación es tanto más próspera hoy cuanto menos ha tratado de poner obstáculos al espíritu de libre empresa e iniciativa privada. La gente de los Estados Unidos es más próspera que los habitantes de todos los demás países porque su gobierno se embarcó más tarde que ningún otro en la política de obstrucción a los negocios...» «El rasgo característico del capitalismo moderno es la producción en masa de bienes destinados al consumo de las masas. El resultado es una tendencia a una mejora continua en el nivel medio de vida, a un enriquecimiento progresivo de los más...» «Es una seria equivocación considerar el socialismo, la planificación o el *welfare state*, como soluciones al problema de la organización económica de la sociedad diferentes a la del comunismo y que deban tenerse por menos absolutas o menos radicales...» «Cuando Marx y Engels en el

Manifiesto Comunista advocaron medidas intervencionistas definidas, no trataban de recomendar un compromiso entre el socialismo y el capitalismo. Ellos consideraban estas medidas incidentalmente, las mismas que son hoy la esencia de las políticas del *New Deal* y del *Fair Deal* como primeros pasos en el camino hacia el establecimiento total del comunismo...» «Solamente existe un medio de aliviar su penuria (la de los países infradesarrollados de Asia y Africa) a saber, la adopción plena del capitalismo del *laissez faire*. «Lo que da a los individuos tanta libertad como es compatible con la vida en sociedad es la operación de la economía de mercado...» Lo que los opositores a tal sistema quieren decir con «realización de la justicia social» es «dar a la mediocridad frustrada conforme a sus necesidades...» «Libertad bajo el capitalismo significa no depender más de la discreción de los demás que lo que los demás dependen de la nuestra...» «Lo que únicamente puede prevenir a las naciones civilizadas de Europa Occidental, América y Australia, de ser esclavizadas por la barbarie de Moscú es apoyo abierto e incondicional al capitalismo del *laissez faire*...» «El socialismo es irrealizable como sistema económico porque una sociedad socialista no tendría posibilidad alguna de recurrir al cálculo económico.»

Psicológicamente, los que se oponen el capitalismo —la opinión cuyo bulto constituye la mentalidad anticapitalista— lo hacen por resentimiento o ambición frustrada ya que si no pudieron superar al rey del chocolate, a la estrella de cine o al campeón de boxeo, la falta es solamente suya; los intelectuales porque se sienten mortificados y envidiosos ante el éxito de sus colegas más privilegiados; los intelectuales americanos, en particular, por el desdén de *le monde*,

la alta sociedad. Otro tanto sucede con los «cuellos blancos» y con los «segundones» y con los comediantes y de Broadway y con los cineastas de Hollywood y hasta con el hombre de la calle. Tres errores fundamentales de la literatura anticapitalista son: «primero, que el gran conflicto ideológico de nuestra era es una lucha sobre la distribución de la renta nacional... Es una disensión respecto a la elección del sistema más adecuado de organización económica de la sociedad...; segundo, que hay diferencia entre socialismo y comunismo...; tercero, que el capitalismo y el socialismo son (sólo) dos tipos distintos de organización social. El control privado de los medios de producción y el control público son nociones contradictorias y no meramente nociones contrarias.»

La ingenua distinción absoluta entre buenos y malos, aun con aciertos técnicos parciales, va bien a una película del Oeste pero no a un libro serio de Economía. Lo que von Mises puede conseguir así es solamente fomentar más y más la «mentalidad anticapitalista». *The New York Times Book Review* (18 de noviembre de 1956) no sólo apunta lo último, sino también que «actitudes de hombres como John Maurice Clark, Arnold Toynbee, Paul Tillich, T. S. Eliot y el fallecido Alfred North Whitehead, no se deben a deseo de destruir el sistema por envidia e ignorancia, sino a que quieren mejorarlo». Como el propio autor dice, «un movimiento» anti-algo «desarrolla una actitud puramente negativa» que es exactamente lo que sucede con su anti-todo obra. Habiendo vivido desde dentro la vida americana, lo único que puedo escribir como resumen es que esta es lectura *ad hoc* para los suscriptores del *Chicago Tribune* y el *Wall Street Journal*.—SALUSTIANO DEL CAMPO.

